

Jesuitas, Franciscanos y Capuchinos italianos en la Araucanía (1600-1900)

Jorge PINTO RODRÍGUEZ

Universidad de la Frontera

INTRODUCCION

La evangelización en América constituye un tema en el que se cruzan distintos capítulos de nuestra historia: el de la gestión de los misioneros, el de interculturalidad, el de la imposición y resistencia, el de la inmigración.

Sin perder de vista el marco general que los involucra a todos, vamos a explorarlo aquí desde la perspectiva de la inmigración, centrando la atención en los misioneros italianos que vinieron a la Araucanía entre los siglos XVII y XIX.

Se trató de una inmigración de características muy particulares. Por una parte, los misioneros eran europeos que abandonaron su mundo para radicarse, como cualquier inmigrante, en un rincón de América; por otra, eran hombres que venían, voluntariamente, a cumplir una «misión» que los colocó en contacto directo con los indígenas.

En su caso, a los problemas de ambientación, conflictos lingüísticos y comprensión de una nueva realidad, tan propios de todo proceso migratorio, se agregaron aquellos que derivaban de la imperiosa necesidad que sentían de contactarse con la población aborigen y de comunicarle el mensaje que traían para ella.

Era un mensaje lleno de simbolismo, difícil de transmitir y más difícil aun de entender por parte de los indígenas. Su estudio permite, pues, conocer asuntos relacionados no sólo con la inmigración, sino también con aquellos que tie-

nen que ver con el contacto interétnico e intercultural, tan propios de toda relación de esta naturaleza.

Trabajos de este tipo no son nuevos. El libro de Riolando Azzi acerca de los escalabrinianos en Brasil¹ y las notas de Juan de Luigi sobre los misioneros italianos en la Araucanía², testimonian una producción que revela cierto interés por la materia. Sin embargo, el tema es todavía casi desconocido. Al estudiarlo, habitualmente se ha puesto el énfasis en el carácter misional que tuvo esta inmigración, olvidándose que detrás de cada misionero se esconde un hombre que dejó una patria, una familia y un mundo. En el fondo, un inmigrante que debe adaptarse a la nueva realidad que empieza a rodear su existencia.

En este trabajo no descuidaremos el carácter evangelizador que tuvo esta presencia italiana en la Araucanía. El asunto está en el centro de la motivación que los trajo a Chile. Sin embargo, intentaremos también ver a los hombres que están detrás del hábito sacerdotal, al inmigrante propiamente tal, al italiano que dejó Italia y partió a Chile en los albores del siglo XVII o en pleno siglo XIX.

1. LAS ORDENES Y EL MUNDO AL CUAL SE INTEGRAN

Los misioneros italianos actuaron en la Araucanía en tres momentos diferentes, cada uno de los cuales correspondió a una orden religiosa que encaró el problema de la evangelización desde una óptica diferente.

Los primeros en llegar fueron los jesuitas, en el siglo XVII. Lo hicieron al amparo de un proyecto evangelizador que se sostuvo en tres pilares fundamentales: la propuesta misional elaborada en el Perú por el padre José de Acosta; la corriente mística llamada «devoción moderna», que se cultivó con fuerza en Europa, y la particular disposición para luchar contra Satanás, según ellos, «el enemigo mortal de los hombres».

Estos tres elementos marcaron su paso por la Araucanía y sus relaciones con los mapuche. Los casos de los padres Vechi, Mascardi y Juan José Guillermo permitirán ilustrarlo con toda claridad, aunque el último haya actuado en territorios ubicados más al sur, en estricto rigor, fuera de la zona que cubrimos en este estudio.

¹ Riolando AZZI, *A igreja e os migrantes*, volume I, Edicoes Paulinas, Sao Paulo, 1987.

² Juan de LUIGI, *Italianos del sur de Chile, misioneros italianos en la conquista de Arauco*, en *L'Italico*, año IV, N° 19, Instituto Chileno Italiano de Cultura, Concepción, 1984; y, *Capuchinos y franciscanos en la historia de Concepción y en la conquista de la Araucanía*, en *L'Italico*, año V, N° 23, Concepción, sin fecha de edición.

Casi doscientos años después, en 1837, llegó el segundo grupo de misioneros italianos. En esta oportunidad, vinieron en grupos previamente reclutados para llenar el vacío que se produjo luego de la Independencia, al expulsar el gobierno chileno a los misioneros españoles que habían operado en la región. Eran franciscanos y se instalaron en los colegios de Chillán y Castro, para cubrir una zona que la Orden venía evangelizando desde el siglo XVI, pero, con mayor fuerza, desde 1757.

A diferencia de los jesuitas, los franciscanos italianos que vinieron en 1837 encararon su relación con los mapuche sobre otros fundamentos. Conversores por naturaleza, sus propuestas tuvieron, al menos en el papel, un carácter marcadamente etnocéntrico y de connotación casi etnocida, aunque en la práctica hayan sido más tolerantes. Los padres Bonazzi y Brancadori sintetizan, respectivamente, lo que podríamos llamar la propuesta formal u oficial y la evangelización cotidiana de estos misioneros, separadas ambas por una brecha que no se puede desconocer, si se pretende examinar con rigor su papel en la región. Los padres Magna-Grecia, Misquianti, Alfonsi y Begambi, resumen, en cambio, las dificultades de un grupo de inmigrantes que no pudo o no supo adaptarse a las nuevas condiciones de vida que ofrecía la región.

Por mucho que se trate de misioneros, fuertemente convencidos de su misión, el desarraigo pesó sobre ellos. Lamentablemente, la documentación de la cual disponemos no permite conocer una serie de detalles de la vida de estos hombres. Los franciscanos pocas veces tomaron la pluma para escribir acerca de ellos mismos. Con todo, disponemos de algunos testimonios que nos permitirán avanzar en el tema.

Franciscanos también, de la familia capuchina, fue el tercer grupo de italianos que llegó a la Araucanía durante el siglo diecinueve. Lo hicieron a partir de 1848, primero en una expedición a cargo del padre Angel Vigilio de Lonigo y, luego, en diferentes grupos que vinieron hasta su reemplazo por capuchinos bávaros, casi en los albores del XX.

De la obra de los capuchinos italianos tenemos diversas relaciones escritas por ellos mismo. Más pragmáticos que los franciscanos y dispuestos a enfrentar la evangelización con criterios más amplios, su obra se desarrolló en medio de condiciones diferentes. Para entenderlo mejor será preciso resumir brevemente la historia de la región. Esto alargará el punto, pero hará más comprensible el resto del trabajo.

Al sur del río Bío Bío se extendía, al promediar el siglo XVI, una zona de bosques que hacía casi impenetrable la región. Sus habitantes opusieron, además, una resistencia que contribuyó a frenar la invasión española. La Arauca-

nía propiamente tal llegaba sólo hasta el Toltén. Hacia el sur, los huilliches se sometieron con mayor facilidad.

Pedro de Valdivia comprendió, a poco de llegar, en 1541, que sólo cabía desplazarse hacia el sur. La región que hoy conocemos con el nombre de la Araucanía parecía rica en yacimientos auríferos, abundante en mano de obra y atractiva para una empresa de conquista.

La invasión se inicia en 1550. Al cabo de dos años los españoles copan hasta Valdivia. Los mapuche resisten. En poco tiempo, la Araucanía se había convertido en territorio de conquista y espacio de guerra. Así se mantuvo hasta 1650. Durante todo este tiempo, la evangelización se desarrolló en el clima de violencia que acompañó a los jesuitas italianos que interesan en este artículo, tres de los cuales pagaron con sus vidas la osadía de aventurarse entre «infieltes»: el padre Vechi en Elicura, el padre Mascardi en el extremo austral del continente y el padre Guillermo, envenenado por los puelches en la zona del Nahuelhuapi, al otro lado de los Andes.

Al promediar el siglo XVII, después de la rebelión de 1655, el español perdió interés por la zona. Chile, conectado ahora a la economía colonial a través de las exportaciones de sebo y cereales al mercado alto-peruano, volcó su atención al Valle Central. La Araucanía se transformó entonces en un gran espacio fronterizo que admitió dos formas distintas de entender el mundo: la europea occidental y la mapuche.

Fue ese mundo fronterizo, agitado por las secuelas de la Guerra de la Independencia, el que recibió a los franciscanos que llegaron en 1837. El centro de sus operaciones se localizó en el Colegio de San Ildefonso de Chillán, fundado en 1757. Desde allí misionaron la Araucanía. Otro grupo se dirigió a Chiloé, al Colegio de Castro, en pleno corazón de la isla y, otro más pequeño, a Valdivia.

La situación empezó a variar al promediar el siglo XIX. A partir de 1860 se inicia un nuevo proceso de ocupación, esta vez, irreversible.

El gobierno chileno estaba decidido a poner fin a una cierta autonomía de la Araucanía y a resolver una crisis económica que afectaba al modelo exportador del país. La solución se buscó en las tierras de la zona, obligando a los mapuche a tomar las armas y resistir de nuevo. Por segunda vez, la Araucanía se convertía en territorio de conquista y escenario de guerra. El ambiente de relativa tranquilidad que había imperado en los años anteriores es reemplazado por el clima de agitación y violencia que recibió a los capuchinos italianos que se instalaron hacia 1848. En ese mismo ambiente tuvieron que moverse los franciscanos que habían llegado pocos años antes y que lo siguieron haciendo después.

La Araucanía que encontraron los primeros misioneros italianos que llegaron en el siglo XVII poco tenía de aquella que vieron los que arribaron en 1837

y con la que conocieron los de la segunda mitad del XIX. Por esta razón, en su acción habrá que tener en cuenta no sólo la forma particular como sus respectivas órdenes entendieron la evangelización y el contacto con los indígenas, sino, también, los cambios que se fueron produciendo en una región cuya historia ha tenido ciclos diferentes al resto del país.

2. LOS JESUITAS ITALIANOS DEL SIGLO XVII

Los primeros jesuitas que llegan a Chile lo hacen en 1593. Casi de inmediato se trasladan a Concepción para asumir la evangelización de los mapuche. Entre ellos venía el padre Luis de Valdivia, uno de los jesuitas más relevantes que han pasado por el país. El haría suyo un proyecto evangelizador que se fraguó en el Perú, junto al lago Titicaca, en el colegio de Juli, que orientaría los pasos del padre Horacio Vechi, uno de los primeros italianos en venir a evangelizar tierra chilena.

En medio de una conquista que adquirió caracteres dramáticos para la población aborigen, los jesuitas levantaron una propuesta de paz. El padre José de Acosta defendía la plena capacidad del indígena para entender el evangelio y proclamaba la necesidad de predicarlo en un clima de paz.

En Chile, el padre Luis de Valdivia siguió sus pasos. «El evangelio, escribía en 1610, es nueva de paz y para comenzarse en el mundo, aguardó Dios que hubiese paz general y con la palabra 'pax' le comenzaron a predicar los ángeles ... y los apóstoles, y así se ve que para este fin es mejor cortar la guerra»³.

Contrarios al servicio personal de los indios y enemigos de toda ofensa que pusiera en peligro la paz, los jesuitas del XVII dieron origen a uno de los primeros movimientos pro indigenistas en Chile⁴.

Horacio Vechi participó de estas ideas y, en cierta medida, fue víctima del candor de los hombres de la época, absolutamente incapaces para ver la diversidad.

Los contactos interétnicos y las relaciones entre pueblos de culturas diferentes constituían para los europeos de los siglos XVI y XVII un problema

³ Informe del padre Luis de Valdivia sobre cortar la guerra en Chile, en José TORIBIO MEDINA, *Biblioteca Hispano-Chilena*, T. I. Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, Santiago, 1963, p. 78.

⁴ Jorge PINTO, «Misioneros y mapuches: el proyecto del padre Luis de Valdivia y el indigenismo de los jesuitas en Chile», en *Encuentro de Etnohistoriadores*, Universidad de Chile, Santiago, 1988, pp. 70-92.

secundario; más importaba imponer el modelo que traían, la religión y la valoración de las cosas surgida en el contexto de sus propias cosmovisiones.

El europeo era etnocéntrico y, potencialmente, etnocida; los indígenas también. Con la misma fuerza con que el primero imponía sus proyectos, los mapuche defendían su forma de entender la vida y su manera de relacionarse con el mundo.

Más que un encuentro de dos mundos, en los siglos XVI y XVII se produjo un enfrentamiento de los dos. El padre Vechi acabó sus días en una realidad compleja que los hombres de la época casi no percibieron. Los hechos lo prueban con toda claridad.

El padre Horacio Vechi había nacido en Sena, ducado de Toscana, en 1578. De prolija educación, había estudiado, antes de ingresar al noviciado de San Andrés, en 1597, Derecho Civil y, más tarde, ya en América, Derecho Sagrado y Teología. Miembro de una acomodada familia, nada parecía faltarle en su patria y en su hogar⁵.

¿Qué lo impulsó a ingresar a una orden religiosa y a viajar a un lugar tan apartado, exponiéndose a sacrificios y peligros que en su tierra no habría experimentado? ¿Qué movía a los otros jóvenes que siguieron su ejemplo?

Poco después de su fundación, la Compañía de Jesús hizo notables progresos en Italia. San Ignacio y sus más cercanos seguidores predicaron en Roma. Allí eligieron, en 1541, a su primer general. San Ignacio gobernaría la Compañía hasta la fecha de su muerte, en 1566⁶.

Por esos mismos años florecieron en la península itálica numerosos colegios de la Compañía. En ellos también cobró fuerza la llamada «devoción moderna», movimiento místico que puso el acento en la espiritualidad personal, la mortificación del cuerpo y la purificación del alma. Fue, precisamente, un jesuita italiano, el padre Lucas Pinelli, uno de sus representantes más leído tanto en Europa como en América.

El padre Pinelli, nacido en Molfeta, Nápoles, escribió dos obras que alcanzaron celebridad en los círculos religiosos. *Noticias de la otra vida y del estado de las almas en el otro mundo*, cuya primera edición se hizo en 1608, al año siguiente de su muerte, y *De la perfección religiosa y de la obligación del religioso de alcanzarla*, eran una invitación a vivir la perfección cristiana apartado del pecado y temeroso de Dios.

⁵ Pedro de LOZANO, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, Imprenta de la viuda de Manuel Fernández, Madrid, 1754-1755, tomo II, pp. 536-540.

⁶ Antonio ASTRAIN, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, tomo I, Imprenta Sucesores de Rivadaneira, Madrid, 1902, pp. 82-124.

La vida, decía el padre Pinelli, está rodeada de tentaciones y es obligación del hombre encararla como un militar siempre dispuesto a vencerlas. Así derrotará al demonio, adversario que ronda como león rugiente, buscando a quien tragar⁷.

Súbitamente el hombre toma conciencia de su condición de pecador y mira hacia Cristo como modelo de virtud. La salvación se convierte en una especie de obsesión; a toda costa se quiere forzar las puertas del cielo. La lucha contra Satanás, encarnación del pecado, orienta la vida de los hombres en los siglos XVI y XVII⁸.

En ese ambiente, muchos jóvenes golpearon las puertas de los conventos en busca de una tranquilidad espiritual que afuera, en contacto con el mundo, no podían conseguir. Los colegios de la Compañía parecían todavía más atractivos. Se trataba de una Orden joven, recién fundada, llena de vitalidad y que invitaba a vivir la devoción cristiana combinando la espiritualidad con la acción.

Horacio Vechi cedió a los impulsos de la época: en 1597, a los 19 años, ingresa al noviciado de San Andrés. Como él, numerosos jóvenes siguieron el mismo camino. Entre los jesuitas italianos que se trasladaron a América no podríamos dejar de mencionar a los padres José de Cataldino y Simón Mazeta, ambos figuras notables en la evangelización del Paraguay.

Los encargados de reclutar misioneros para el Nuevo Mundo conocían perfectamente la realidad italiana. Para los jesuitas, era norma común enviar a emisarios a Roma. Allí consiguieron muchos hombres que luego repartirían por América. El padre Vechi vino en 1604, cuando tenía 26 años, junto a un grupo que reunió el padre Diego de Torres Bollo, provincial más tarde del Paraguay.

En sus colegios, los jesuitas preparaban a los jóvenes con especial preocupación para enrolarse a las misiones. Todo el tiempo se les informaba de la obra de los padres en América y Japón y en los refectorios se leían las cartas que enviaban a Europa.

Ser misionero se transformó en un ideal para muchos colegiales. El ejemplo de los padres, abandonados en tierras inhóspitas enfrentando todo tipo de adversidades, configuró un modelo de heroísmo que llevó a muchos jóvenes

⁷ Lucas PINELLI, *Noticias de la otra vida y del estado de las almas en el otro mundo*. En la Oficina de Manuel Martín, Madrid, 1767, p. 51.

⁸ Este tema ha sido tratado por Jean DELUMEAU y Enrique DUSSEL. Del primero véase *El catolicismo de Lutero a Voltaire*, Editorial Labor, Barcelona, 1973; y del segundo, *El dualismo en la antropología de la cristiandad*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1974.

a envidiar la suerte de aquellos que ofrendaron sus vidas en aras del propósito de predicar la palabra de Dios. Esa fue la fuerza que movió a estos jóvenes italianos a dejar su tierra y partir al Nuevo Mundo; una fuerza muy distinta a la que trajo a los soldados y comerciantes que irrumpieron en América.

De la formación del padre Vechi en Italia no tenemos mayores noticias. Podemos inferirla por lo que sabemos de los padres Cataldino y Mazeta, ambos coetáneos suyos.

Simón Mazeta nació en Castelensi, Nápoles, en 1582. Virtuoso desde la juventud, tuvo que iniciar tempranamente una tenaz lucha contra el demonio, «capital y común contrario de los que viven ejemplares y tratando de agradar a Dios». La penitencia y la mortificación fueron las armas que utilizó para enfrentar a Satanás. Cuando manifestó deseos de ingresar a la Compañía, «recelando la malicia del demonio la guerra que le había de hacer este soldado y las presas que le había de quitar», encarnóse en el sacerdote que orientaba sus pasos, aconsejándole que se apartara de la Orden. Mazeta triunfa e ingresa a la Compañía en 1608.

Estando en el noviciado, al enterarse de las noticias que llegaban de las misiones del Paraguay, Mazeta se sintió atraído por éstas. Ensayó con entusiasmo y cuando ya se sabía de los elegidos, le acometió de nuevo Lucifer, encarnado en el Ángel de la Luz, quebrantándole la salud y trayéndole pesada tristeza y melancolía. De nuevo logra triunfar y embarcándose con el padre Diego de Torres, el mismo que trajo a Vechi, parte al Nuevo Mundo, no sin antes derrotar, por enésima vez, al demonio, esta vez, presente en un huracán que estuvo a punto de hacer zozobrar la embarcación⁹.

Un hombre como Mazeta vivió en América en constante lucha con el demonio. Este se presentaba en cada español que estorbaba su tarea, en los mamelucos que amenazaban la paz, en las costumbres de los indios y, naturalmente, en los hechiceros. Sin el demonio, la vida de Mazeta habría carecido de sentido. Fue el sino de casi todos los jesuitas italianos que vinieron al Nuevo Mundo en el siglo XVII.

Antonio María Fanelli cruzó el Atlántico y desde Buenos Aires se dirigió a

⁹ Francisco XARQUE, *Vida, empleos y hazañas evangélicas del venerable Simón Mazeta*, Archivo Nacional de Santiago (en adelante ANS), Jesuitas de Argentina, vol. 191. Hay edición impresa por J. Micón, Pamplona, 1687.

¹⁰ Antonio María FANELLI, *Relación de un viaje a Chile en 1698 desde Cádiz, por mar y por tierra, escrita en italiano por ...* Versión castella de Elvira Zolezzi, precedida de una noticia bio-bibliográfica por J. T. Medina, en *Viajes relativos a Chile*, tomo I, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, Santiago, 1962, pp. 93-143.

Santiago en 1698, dando testimonio de la resistencia que oponía Satanás¹⁰. Otro jesuita italiano, el padre Francisco Piccolo, partió de California en 1702, convencido de que el demonio haría lo imposible por hacerle fracasar¹¹. Juan José Guillelmo, misionero entre los puelches, también vivió acosado por Lucifer. Este tuvo la osadía de encarnarse en una mujer que quiso violarlo para impedir que entrase a la Compañía. Uno de sus antecesores, el padre Mascardi, sufrió también los embates de Satanás, muriendo a manos de los indios, en 1664, por obra del mortal enemigo¹².

Los jesuitas italianos que se trasladaron a América contribuyeron a «demonizar» el continente. Viven también con intensidad la devoción moderna. Su espiritualidad, la mortificación del cuerpo y los anhelos de convertirse en mártires de la Iglesia, les impidió formarse una adecuada imagen de los peligros que corrían entre los indígenas. El padre Vechi fue víctima de esa dificultad.

Ya hemos dicho que vino al Perú en 1604 con el padre Diego de Torres. Pronto pasó a Santiago y, luego, a la región de Arauco. Allí se encontraba en 1607. Sus compañeros lo describen humilde, grave y alegre a la vez¹³. Era un jesuita italiano empapado de la mentalidad imperante en su país a comienzos del siglo XVII.

En una larga y detallada carta que el padre Diego de Torres incluyó en la Segunda Anua del Paraguay, en 1610, el padre Vechi cuenta de su estadía en Arauco. Hubo detalles que le llamaron la atención: la enfermedad de su compañero, el padre Aranda; el diálogo de éste con el cacique Libipangui; la oposición de los indios a la prédica del evangelio y la forma como luego empezaron a aficionarse a los padres de la Compañía. Las costumbres mapuche también le llamaron la atención. Asistió a un *regüetún* y confesó que nada tenía que ver con la borrachera que había imaginado. En medio del invierno, y aprovechando el rigor de la estación, se entregaba a sus ejercicios espirituales¹⁴.

Al fin quedó vencido el demonio en la isla Santa María, escribía al año siguiente. Por nuestra buena vida, aseguraba entonces, los indios nos han toma-

¹⁰ Memorial del p. Francisco María de Piccolo sobre el estado de las misiones nuevamente establecidas en California por los padres de la Compañía, en Mauro MATTHEI, OSB, «Cartas e informes de misioneros jesuitas extranjeros en Hispanoamérica», en *Anales de la Facultad de Teología*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1979, pp. 127-137.

¹² Antonio MACHONI, S. J., *Las siete estrellas de la mano de Jesús*, Capítulo Séptimo. Vida del venerable padre Juan José Guillelmo, en J. T. Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*, tomo II, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, Santiago, 1963, pp. 387-426. La referencia al episodio de Guillelmo en p. 391 y la muerte de Mascardi en p. 400.

¹³ LOZANO, obra citada, tomo I, p. 540.

¹⁴ Segunda Carta Anua del p. Diego de Torres Bollo, 6 de junio de 1610, en *Documentos para la Historia de Argentina* (en adelante DHA), tomo XIX, Talleres S.A. Jacobo Peuser Ltda., Buenos Aires, 1927, pp. 57-64.

do amor, «porque muchas veces, más se predica con el buen ejemplo y con las obras, que con las palabras»¹⁵.

Vive contento y reconoce haber alcanzado sus deseos de verse entre los infieles predicando la palabra de Dios; sólo lamenta que haya tan pocos operarios¹⁶.

Por esos días, el padre Vechi ignoraba que su vida se apagaría aquí, lejos de su patria, en tributo a la misión que juró cumplir.

El padre Luis de Valdivia, encargado de las misiones en Chile, estaba convencido de que los indios anhelaban la paz y el entendimiento con los misioneros. En 1612, luego de azarosas gestiones en España y en Roma, consiguió la aprobación del sistema de guerra defensiva y la abolición del servicio personal de los indios. Con un entusiasmo muy propio de los jesuitas, parlamenta con los caciques y en una decisión casi suicida, decide arrebatarle a Anganamón algunas de sus mujeres. Un hombre que había mostrado tanta voluntad de diálogo y entendimiento, pasó de pronto por encima de costumbres muy arraigadas en los mapuche.

Los primeros días de diciembre de 1612, a pesar del ambiente de tensión que se vivía en Arauco por lo acontecido a Anganamón, el padre Valdivia decide enviar tierra adentro al padre Horacio Vechi, acompañado del padre Martín de Aranda y el hermano Diego de Montalbán. La orden se dió el 9 de diciembre.

El 10, 11, 12 y 13 los padres caminaron en compañía de caciques que garantizaban seguridad. Aunque las dudas persistían, la preocupación de quienes los habían enviado empezaba a ceder. Sin embargo, el 14 de diciembre, a las 9 de la mañana, Anganamón, acompañado del cacique Ynavilu, cobraba su venganza. La sangre del jesuita italiano, junto a la de sus compañeros, regó los valles de Elicura¹⁷.

La incapacidad del hombre para entender y aceptar la diversidad segó, a los 34 años, la vida del padre Vechi, quien murió convencido que lo hacía por una causa que siempre creyó justa y necesaria. De modo casi premonitor lo había presentido en 1609. Escribiéndole al padre Torres le rogaba entonces que le permitiera acabar sus días entre sus amados indios¹⁸.

¹⁵ Tercera Carta Anua del p. Diego de Torres, 5 de abril de 1611, en *DHA*, tomo XIX, pp. 120-126.

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ El relato de la muerte del p. Vechi se puede leer en la Cuarta Carta del p. Torres Bollo, febrero de 1613, en *DHA*, tomo XIX, pp. 237-239.

¹⁸ Primera Carta Anua del p. Torres Bollo, 17 de mayo de 1609, en el tomo XIX, pp. 3-39.

Más al sur, en Chiloé, otro italiano, el padre Juan Bautista Ferrufino, milanés de nacimiento, evangelizaba a los huilliches. Los indios, decía en 1611, están siendo diezmados por los españoles. Asume su defensa y levanta su voz para denunciar los atropellos del conquistador. Habla de indígenas humildes, afables y muy aptos para el evangelio. Con ellos convive, aprendiendo su lengua y transmitiéndoles su fe¹⁹. También empuñó la pluma. Una biografía que escribió de su compañero, el padre Melchor Venegas, y sus esfuerzos por dar a conocer los martirios de los padres Roque González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, en Paraguay, demuestran que vivió intensamente la «devoción moderna» que floreció en Italia²⁰. Misionero en Chile, Ferrufino pasó después a las reducciones guaraníes.

Otro jesuita por cuyas venas corría también sangre italiana se encargaría más tarde de recordar la historia de la cual estos hombres eran protagonistas. El padre Alonso de Ovalle, bisnieto del célebre navegante Juan Bautista Pastene y autor de la *Histórica Relación del Reino de Chile*, no olvidó a sus hermanos de fe y su ascendencia italiana. A su paso por España, en 1642, indagó acerca de su familia y con los datos reunidos escribió su *Breve relación y noticia de la esclarecida Casa de los Pastenes*. Al año siguiente, ya en Italia, se dirigió a Génova para completar su información. Un nuevo escrito, *Breve relación y noticia de aquella Casa*, completan los estudios que este jesuita hiciera de sus antepasados italianos²¹.

Junto al padre Vecchi misionaba también la Araucanía otro italiano, el cura Antonio Parisi. Con él compartió los últimos meses de su vida, a él enseñó el mapudungun o lengua mapuche y a él confesó el cariño que sentía por los indios²². Con los padres recién nombrados, constituían la pequeña comunidad italiana que evangelizaba en esta parte de Chile.

¹⁹ Tercera Carta Anua, pp. 107-117.

²⁰ La biografía del p. Venegas, en Juan Eusebio NIEREMBERG, *Firmamento religioso de lucidos astros en algunos claros varones de la Compañía de Jesús*, por María Quiñones, Madrid, 1644, pp. 742-757; y sus escritos sobre los mártires del Paraguay en Francisco XARQUE, *Ruiz de Montoya en Indias (1608-1652)*. Imprenta de Gabriel Pedraza, Madrid, 1900, Tomo IV, pp. 258 y siguientes.

²¹ José Toribio MEDINA, *Estudios sobre Literatura Colonial de Chile*, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, Santiago, 1970, Tomo I, pp. 243 y 249.

²² Cuarta Carta Anua, pp. 224-225. Antonio Parisi llevaba, en 1617, 10 años de alférez y capitán en la guerra de Arauco y doce de capellán, cura y vicario de los soldados. Más distante de la Compañía y más cerca de los franciscanos, no estuvo de acuerdo con la propuesta del p. Valdivia y apoyó, en cambio, la idea de someter a los indios por las armas. Aunque Vecchi compartió con él, no cabe dudas que miraron la Araucanía con ojos diferentes. A Parisi se atribuyen algunos trabajos lingüísticos sobre el mapuche y ciertos catecismos, de los cuales no se han encontra-

Al examinar los hechos que llevaron a la muerte al padre Vechi, queda la impresión de que el contacto que buscaron estos misioneros con los indígenas no se produjo.

Sólo trataron de imponer sus cosmovisiones, colocando su cultura en el centro del universo. Tal vez por eso ni siquiera vieron al indígena. Sin duda, el padre Vechi acabó sus días convencido de que no eran los indios quienes lo mataban; era el demonio, personificado en Anganamón, movido por la envidia ante las almas que le arrebatava.

Si en esto fallaron los primeros misioneros italianos que abandonaron su patria para juntarse en América a los otros jesuitas procedentes de España, los Países Bajos y Alemania que vinieron a evangelizar a estas tierras, no se puede dejar de reconocer que, a diferencia de soldados y colonos que vinieron en busca de fortuna material, intentaron, al menos, establecer un nexo con los pueblos aborígenes.

Lo hicieron desde sus propias concepciones de la vida, sin apartarse de ellas y convencidos de que eran las mejores y las únicas que convenían a los indígenas. Por eso actuaron de un modo casi dramático, con sacrificio y esfuerzo, como lo hizo el padre Vechi, hasta pagar con la vida el precio de una causa para ellos irrenunciable.

Algo parecido ocurrió a los padres Mascardi y Juan Guillelmo, los otros dos jesuitas con los cuales queremos dejar sentadas las primeras huellas de los misioneros italianos en la Araucanía.

El padre Nicolás Mascardi misionó en la Araucanía al promediar el siglo XVII. Su nombre se hizo conocido entre los mapuche por sus prácticas exorcistas. Un rito tan propio del europeo del Renacimiento cobró en la zona un carácter especial. Los indígenas terminaron asociándolo a las prácticas empleadas por las *machis* para curar a los enfermos. El padre Miguel de Olivares, cronista de la Compañía, contó que el padre Mascardi aplicó a una india de Buena Esperanza reliquias de San Ignacio para conseguir que el demonio saliese huyendo por el oído izquierdo de la enferma²³.

Ante estas prácticas, los indígenas reaccionaban con estupor. En la mayoría de los casos, tomaban a los misioneros por hechiceros, profesándoles la misma admiración y temor que sentían por aquéllos.

do copias. De lo que no cabe duda, igual que con todos los italianos que vinieron a evangelizar, es que fue un excelente dominador de la lengua araucana. Véase, J. T. MEDINA, *Biblioteca Hispano-Chilena*, tomo II, pp. 210-219 y, del mismo autor, *Estudios sobre la Literatura Colonial de Chile*, tomo I, pp. 404-408.

²³ Miguel de OLIVARES, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*, Imprenta Andrés Bello, Santiago, 1874, pp. 126-128.

El padre Rosales, jesuita de la misma época de Mascardi, fue acusado de provocar la muerte a una mujer durante la confesión y por esta causa se le sentenció a «la pena de muerte que merecen los que matan a otros con el huecubu». Para bien de Rosales, la sentencia no se cumplió²⁴.

Simón Mazeta, el jesuita italiano que misionó en el Paraguay, vivió otra experiencia que ilustra esta faceta de la relación que se produjo entre los europeos que vienen del Viejo Mundo y los indígenas americanos, de modo todavía más claro.

Habiendo quedado solo en la misión, un hechicero llamado Guiraberá se acercó a él para arrebatarle sus vestimentas, convencido de que en ellas se encerraban los poderes superiores que le atribuía. Mazeta resistió; Guiraberá, blandiendo entonces una macana, descargó un golpe sobre él que, por fortuna, cayó sobre la caja en que se guardaban los ornamentos. El sacrilegio desató una ira en el sacerdote que paralizó al agresor. Guiraberá se desplomó en medio de estertores y sudores mortales. Apenas recobró el conocimiento, arrastrándose como pudo, abandonó el lugar sin dar explicaciones. Los poderes atribuidos a los hábitos habían desarmado al hechicero²⁵.

Estos aspectos de la llamada conquista espiritual de América reflejan la escasa disposición de misioneros e indígenas para mirar al otro desde una perspectiva que no sea distinta a la propia. El misionero sólo aspira a cambiar las costumbres del indígena, reemplazando su cosmovisión por la que ellos proponen, mientras éstos resisten, afirmándose en sus propias tradiciones. El contacto cultural no pasó de ser un diálogo de sordos; al final nadie escuchaba a nadie.

La formación que recibían los jesuitas en Europa o en los colegios americanos no abría otras alternativas. Los que vinieron de Italia traían convicciones aun más firmes. La devoción moderna, el fuerte antidemonismo y la voluntad de llegar hasta las últimas consecuencias en su afán de predicar la palabra de Dios entre los infieles, los hacía más vulnerables a los peligros que debían enfrentar en América. Tal vez no sea una casualidad que de los mártires de la Compañía en Chile tres hayan sido italianos.

El padre Mascardi terminó sus días en manos de los puelches, en 1674. Su muerte fue relatada por otro jesuita italiano, el padre Antonio Machoni²⁶.

²⁴ Idem, p. 278.

²⁵ XARQUE, *Vida, empleos y hazañas evangélicas del venerable Simón Mazeta*.

²⁶ El padre Machoni, misionero del Paraguay, nació en Cerdeña en 1671 e ingresó a la Compañía en 1688. Al margen del valor que pueda tener la vida del padre Mascardi, el testimonio de Machoni refleja el espíritu de los jesuitas italianos del siglo XVII. Esto explica las citas que hemos incorporado al texto.

«Había dado principio a la reducción de los pegüenches», escribe el padre Machoni. «Poco tiempo antes, el padre Nicolás Keffer, cuyo ardiente celo se encargó de tan ardua empresa, por ver que aquella es la puerta por donde la luz del Santo Evangelio ha de penetrar a los puelches y a otros innumerables indios que habitan el espacio que hay hasta el estrecho de Magallanes, cuya conversión el año 1670, con impulsos del Cielo, intentó el apostólico Nicolás Mascardi, y de hecho en pocos días bautizó diez mil dellos y penetró hasta el Estrecho, dando en todas partes un pregón del Santo Evangelio y buscando muchos españoles perdidos en aquellas costas. Mas, como el Demonio experimentó la guerra tan cruel que este gran varón le hacía, se apareció visible a los indios, todo pintado y con tres puntas de oro en la cabeza, figura muy propia suya, y diciéndoles que aquel padre venía a quitarles sus bailes y a desterrar el uso de sus borracheras, les aconsejó le matasen, como lo ejecutaron el año 1674, con lo cual se deshizo aquella misión, que prometía la conversión de muchas naciones»²⁷.

Tras los pasos de Mascardi vino, casi en seguida, el padre Juan José Guillermo, cuya vida conocemos por el mismo relato del padre Machoni.

Guillermo nació en la villa de Tempio, partido de Galura, en Cerdeña, en 1672. Estudiante aventajado, sintió desde niño una cierta vocación por la Compañía de Jesús. Como buen jesuita italiano, su vida transcurrió en constante lucha contra Satanás y en medio de mortificaciones por las cuales esperaba acercarse a Dios. Con toda propiedad, el padre Guillermo resume los sentimientos y acciones de los jesuitas italianos que vinieron a América en el siglo XVII.

En 1698 se embarca en Sevilla, con destino a las Indias. El viaje fue penoso. Machoni lo relató en términos patéticos, retratando a la vez la personalidad del padre Guillermo.

«La navegación fue muy penosa», apuntó el padre Machoni, «porque haciéndose por lo común en menos de tres meses, tardaron cuatro y medio, con que llegó a escasear el mantenimiento y casi a faltar el agua, penalidad de que sólo puede formar cabal concepto quien ha navegado y padecídola en el mar. Padecióse mucho, como lo mostraban después que saltaron en tierra en los rostros pálidos y macilentos, y el padre Juan José se vió a veces tan afligido que estaba para desfallecer, y le sucedía no poder moverse, de sed y flaqueza, como me lo contó en tierra, pero ninguno le oyó jamás la más leve queja, ni se le advirtió diese muestra de lo que padecía, sufriendolo todo con una igualdad de ánimo admirable. Todo el tiempo empleaba o en encomendarse a Dios en oración profunda o en hacer pláticas a los pasajeros o en el estudio y también se divertía en ir componiendo un itinerario de todo lo que pasó en la navegación, el cual leyó con gusto y aplauso en Buenos Aires ...»²⁸

²⁷ MACHONI, 1963, p. 400.

²⁸ Idem, p. 397.

Desde Buenos Aires pasó a Chile; por fin, el 5 de marzo de 1699 arribaba al país, después de un viaje de 11 meses y una travesía por tierra de casi 200 leguas.

Misionó primero entre los pehuenches y luego entre los puelches. Machoni dice que a estos últimos nunca les gustó que los padres entrasen en sus tierras. Tenían gran aversión a la ley de Cristo, porque con ella, agrega Machoni, se ponía freno a sus torpes apetitos y costumbres brutales²⁹.

Según el mismo padre Machoni, esta actitud los llevó a matar al padre Felipe de la Laguna, compañero del padre Guillermo, y, poco después, el 19 de mayo de 1716, a nuestro misionero.

En un solitario paraje de la pampa, sin tener compañero con quien confesarse ni remedio con que buscar alivio, terminó sus días, lejos de la patria, después de 16 años de misión y a los 44 de edad. Unas cuantas indicaciones que dió a cuatro sirvientes que lo acompañaban permiten conocer su última voluntad. Pidió que amortajaran su cuerpo, avisaran su muerte a Chiloé y que no desamparasen la misión³⁰.

La huella de estos hombres se diluyó. No dejaron descendencia y su mensaje apenas fue retenido por los mapuche. Sin embargo, el paso de los primeros italianos por la zona está indisolublemente ligada a estos misioneros. Con férrea voluntad intentaron predicar la palabra de Dios, cambiar las costumbres de los indígenas y, de acuerdo a sus esquemas mentales, proporcionarles la salvación eterna. Pagaron con sus vidas la adhesión a una causa que se incubó, en los años juveniles, en la patria lejana, en la Italia de los siglos XVI y XVII.

3. LOS FRANCISCANOS DE 1837

La guerra de la Independencia dejó secuelas en la Araucanía que se prolongaron hasta después de consolidada la emancipación. Los últimos grupos realistas se hicieron fuertes en la zona, desatándose lo que Vicuña Mackenna llamaría más tarde la guerra a muerte.

El gobierno chileno, vivamente interesado en evitar todo tipo de resistencia, empezó a mirar con desconfianza a los franciscanos del Colegio de San Ildefonso de Chillán, a cuyo cargo habían corrido las misiones entre los mapuche después de la expulsión de los jesuitas, en 1767. La mayoría se había adherido a la causa española, haciéndose sospechosos a las nuevas autoridades del

²⁹ Idem, p. 413.

³⁰ Idem, p. 415.

país. El resultado no se hizo esperar: las misiones cayeron en un estado de post-tracción que preocupó no sólo a los misioneros, sino al propio gobierno.

El problema no era solamente religioso. De algún modo, los misioneros constituían un mecanismo de contacto entre las autoridades civiles y los mapuche, que el nuevo gobierno no estaba dispuesto a descartar. Así se explica su interés por un asunto aparentemente secundario.

Pronto surgió una solución. Perú y Bolivia habían intentado la traída de franciscanos italianos que estuviesen dispuestos a venir a estas jóvenes repúblicas. Una gestión del Comisario General de Bolivia, el fraile Andrés Herreros, fructificó en 1835. Del grupo que venía con destino a Bolivia y que pasó por Chile, el presidente Prieto consiguió que se quedaran dos: los frailes Alejandro Mei y Quintilio Scapucci. Fueron los primeros franciscanos italianos que llegaron en esta oportunidad³¹.

Al año siguiente, el gobierno encargó a Herreros que reclutase un grupo para Chile. Para asegurar la misión, envió a fr. Zenón Badía, franciscano argentino incorporado al Colegio de Chillán, con instrucciones de asesorar a fr. Herreros y allanar todas las dificultades. Roma era un destino seguro para los emisarios. Además de la sede papal, estaba allí la plana mayor de la Congregación de Propaganda Fide, organismo especialmente encargado por la Iglesia para la evangelización en el mundo.

El 1 de agosto de 1837 la gestión de los enviados chilenos daba su primer fruto. Trece frailes italianos desembarcaban en Valparaíso para retomar las allcadas misiones del sur³².

Los viajeros habían partido el 9 de marzo de ese mismo año en una embarcación que traía un grupo más numeroso, cuarenta en total, entre españoles e

³¹ Fray José María BONAZZI, *Historia de las misiones en la República de Chile desde la Conquista hasta nuestros días a cargo de los muy reverendos Padres Franciscanos*, 1854. Manuscrito. Hemos consultado una copia que se conserva en el Archivo del Convento de San Francisco de Chillán (en adelante CHILLAN). Hay edición impresa en *Revista Verdad y Bien*, tomo XXXII, Imprenta Cisneros, Santiago, 1932. En este tomo apareció sólo una parte de la obra de Bonazzi, se continuó después en diversas revistas franciscanas (véase, por ejemplo, *Revista Franciscana*, 1934). Sobre este punto véase, también la obra de fr. Benedetto SPILA DA SUBIACO, *Memorie Storiche della Provincia Riformata Romana*, tomo II, Tipografía Capriolo e Massimino, Milano, 1896, p. 588. La obra de Spila es de gran interés para el estudio de la presencia de los franciscanos italianos en Chile durante el siglo XIX.

³² Sergio URIBE, ofm cap, «Las misiones capuchinas de Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX, 1848-1901», en Jorge PINTO y otros, *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1988, pp. 199-232. La referencia en p. 202. Sobre la gestión del p. Zenón Badía véase, también, Fr. Bernardino DIAZ S, *Franciscanos en Chiloé*, Publicaciones del Archivo Franciscano, Santiago, 1990, pp.14-15.

italianos, algunos de los cuales seguirían luego al Perú y Bolivia³³. La travesía no estuvo exenta de peligros. Según el fraile Bonazzi, la nave naufragó en el Cabo de Hornos, sin pérdidas de vidas, al parecer.

El año 1837 debió llegar un segundo grupo. En total, las autoridades esperaban unos 150 misioneros italianos. En los años siguientes llegaron otros, sin embargo, la cifra no se completó.

No es fácil identificar a los que vinieron el año 37. De acuerdo a una lista hecha en octubre de ese año, conocemos los nombres de dos grupos, uno que se dirigió a Valdivia y otro a Chiloé, ambos conducidos por el fraile Manuel Araya, más tarde provincial de la Orden en Chile. Los que partieron a Valdivia fueron los frailes Miguel Angel Astraldis, Romulo Poggi, José Marano, Apolinario de Castelumelli, Querubín de Roma y Lorenzo Pogso San Remo, este último, lego. A Chiloé viajaron los frailes Diego de Chuffa, Francisco Cheri, Domingo de Secena, Marcos de Cátice, Alejandro de Androco, Paulino de Aguaparba, José María Romano, Antonio de Carpineto, Salvador de Casello, Carlos de Palestina y Domingo Pasolini³⁴.

En Chillán, para atender específicamente a los mapuche, quedó otro grupo. En 1841 figuran los frailes Domingo Pasolini, Marcos Bula, Paulino Romani, José María Bonazzi, Francisco Novelli, Alejandro Branchi, Lorenzo Roggeri, Salvador Garben y Carlos de Paolis³⁵. Antonio Gavilluchi y Septimio Begambi también formaban parte de los viajeros del 37, aunque no figuran en las listas que hemos consultado. Más tarde se incorporaron los frailes Demetrio Cicarelli, Leonardo Tomati, Apolinario Novelli, Querubín Brancadori y varios más que se fueron agregando con el correr de los años³⁶.

La llegada de estos misioneros alteró la vida de los franciscanos del sur. Tan pronto pisaron suelo chileno y para resolver los problemas de un grupo recién incorporado a casas que no conocían, los frailes de Chillán decidieron nombrar encargado de la comitiva al padre Quintilio Scapucci, alumno del Colegio y residente en Chile, como ya se sabe, desde 1835.

Los pocos datos que tenemos de estos italianos hacen suponer que se trataba de hombres jóvenes, deseosos de trasladarse a América a servir a la Iglesia. El padre Scapucci vino a concluir sus estudios a Chile, cuando tenía 27 años,

³³ *El Mercurio de Valparaíso*, miércoles 9 de agosto de 1837.

³⁴ Distribución de religiosos que conduce el p. Fr. Manuel Araya, 1837, en CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 16, foja 143. Hay copia en f. 158.

³⁵ Nómina de misioneros del Colegio de Chillán, 1841, en CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 17, fs. 159-160v.

³⁶ Estado del Colegio de Propaganda Fide de Chillán, 4 de julio de 1843, en CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 18, f. 133.

uno más que el padre Alejandro Mei, su compañero de viaje en 1835, superior del Colegio de Chillán en 1843 y sacerdote más tarde de la provincia de Coquimbo, donde figura en un catálogo de 1860³⁷.

El padre Bula fue uno de los pocos que relató las circunstancias que lo movieron a viajar a Chile. Lo confidenció a fr. Manuel J. Cárdenas, quien lo recordó en los siguientes términos:

«El día 28 de Noviembre de 1836, en que nuestra Orden celebra la fiesta de san Jácome de la Marca, cantaba el Rdo. Padre Bula una misa, y, al leer aquellas palabras del Evangelio: 'Designavit Dominus et alios septuaginta duos et missit illos binos ante faciem suam' (S. Lucas, 10, 1). 'Señaló el Señor también otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí'; sintió en su alma tan vehementes deseos de abandonar su patria para ir a evangelizar a los necesitados, que no dudó que ésta era una inspiración del cielo. Efectivamente, después de la misa, recibió la obediencia del Rmo. Padre General, en la que le destinaba a la Misión de Chile como él lo había significado al Rmo., en virtud de la invitación que había hecho en su circular el Rdo. Padre Fray Zenón Badía. Inmediatamente arregló su pobre equipaje, se despidió de los Superiores y de sus hermanos en religión, y al día siguiente partió a Roma, para dirigirse de allí a Génova, en donde debía tomar el buque que había de conducirlo a Chile»³⁸

El padre Bula tenía 23 años de edad y tres de franciscano. Nacido en Cállice, pequeña población de Liguria situada en las colinas de los Alpes, al poniente de Génova, no volvió jamás a Italia; su vida transcurrió en Chile hasta el día de su muerte, el 21 de diciembre de 1896. Sin embargo, nunca olvidó su condición de extranjero. En Copiapó recurrió a ella para conseguir limosna de los fieles³⁹. Tal vez lo hacía porque su español le impedía ocultarlo o porque Italia fue una tierra que no pudo olvidar.

La figura más sobresaliente del grupo que vino en 1837 era fr. Diego de Chuffa. Fallecido en 1885, a los 79 años, tenía 31 al llegar a Chile.

Destinado primero al Colegio de Castro, en Chiloé, el año 1841 el padre Chuffa fue designado Vice Prefecto de Misiones, en reemplazo del padre Manuel Unzurrunzaga, viejo franciscano español que decidió dar paso a la nueva generación que venía de Italia. A los 35 años, se convertía, así, en la máxima autoridad de los franciscanos del sur. Oriundo de Monte Campatri,

³⁷ Hugo ARAYA, *Notas biográficas de religiosos franciscanos de Chile*, Alfabetá Impresores, Santiago, 1976, p. 44. Aunque habitualmente a los franciscanos se les denomina frailes, ellos mismos utilizan el apelativo de padre. Por esta razón, utilizaremos ambos sin hacer mayores diferencias.

³⁸ Manuel J. CARDENAS, *El Colegio de Misioneros de Castro*, Imprenta San Buena Ventura, Santiago, 1897, pp. 24-25.

³⁹ *Idem*, p. 52 y SPILA, 1896, pp. 652-658.

distante cinco o seis leguas de Roma, a su gestión se debió la venida de otro grupo de franciscanos italianos en 1856, formado esta vez por seis sacerdotes y seis hermanos⁴⁰.

En otro plano, hubo misioneros que destacaron por su laboriosidad, talento o virtudes. El padre Domingo Pasolini, nacido en Cesena, en 1807, misionó Chiloé, Magallanes y distintos lugares del país. Fallecido en 1892, fue notable por su incansable tesón. Su figura fue recordada por muchos años⁴¹.

El padre Juan Bautista Benelli recuerda, en cambio, el pasado milenarista de muchos franciscanos. Aficionado a la soledad y el silencio, gustaba saturar sus libros con máximas y sentencias. Nacido en Fossato, Toscana, en 1826, a los 20 años «abandonó el mundo» para vivir la regla franciscana con estricto rigor. Irritable por naturaleza, lograba, sin embargo, controlar su carácter. Vino a Chile en 1856; vivió en Chillán, Perú, Castro, Santiago y diversas casas de la Orden. Murió en El Monte, cerca de Santiago, a los 72 años, dando ejemplo de estrechez y pobreza, las viejas virtudes de los franciscanos que dejaron el mundo para acercarse a la vida contemplativa⁴².

Fray Benedicto Spila de Subiaco estuvo en Mulchén y Chillán en los años 1870 y regresó a Italia en 1882, donde falleció en 1928 con el rango de obispo. Nunca olvidó Chile y, terminada la Guerra del Pacífico, escribió una obra, *Chile nella Guerra del Pacifico*, en la cual hace una acalorada defensa del país, y, años más tarde, unas notas históricas que incluyó en el tomo II de su *Memorie Storiche della Provincia Riformata Romana*, que se publicó en Milán, en 1896, conteniendo abundante información sobre la gestión de los franciscanos italianos que vinieron a Chile durante el siglo XIX. Fr. Felipe Penesse, médico de oficio y miembro del grupo que trajo el padre Chuffa en 1856, difundió la medicina escribiendo un *Manual de Medicina Práctica con breves nociones de Farmacia y Cirugía*, que distribuyó entre los misioneros de los colegios de Propaganda Fide.

Distinto fue el caso del hermano Rafael Venanzi. Nacido en Pésaro, en

⁴⁰ CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 16 y ARAYA, 1976, pp. 120-121.

⁴¹ Biografía del p. Domingo Pasolini. Archivo del Convento de San Francisco de Santiago, Asuntos Varios, vol. 12, doc. 32 (a pesar de la numeración, los volúmenes no están foliados ni tampoco indicados los números de los documentos). Esta biografía fue escrita por el padre Roberto Lagos o el padre Bernardino Gutierrez. En la *Revista Seráfica*, tomo XV, Imprenta San Buenaventura, Santiago, 1915, se encuentra publicada casi la misma biografía, firmada por el p. Lagos. Sin embargo, el mismo padre Lagos hace referencia a unas notas escritas por el padre Gutiérrez, que podrían corresponder a las del vol. 12 antes citado. Sobre Pasolini véase, también, Hugo ARAYA, 1976, pp.254-255.

⁴² Nota necrológica en *La Voz de San Antonio*, Año III, N°. XXXII, noviembre de 1897, pp. 392-394.

1839, y miembro de una distinguida familia romana, había sido capitán de un barco italiano que naufragó, poniendo en peligro la vida de sus tripulantes. A punto de perecer, prometió hacerse religioso si salvaba su vida. Conjurado el peligro, se acogió a la comunidad italiana que los franciscanos habían formado en Chile. Vivió largos años en el país, hasta fallecer en 1910⁴³.

Tres cosas se podrían destacar de estos misioneros en relación a su gestión en la Araucanía: el impacto del contacto con una población indígena del todo diferente a la europea que ellos conocían; la forma como algunos padres encararon su trabajo cotidiano, alcanzando gran familiaridad con los mapuche y los problemas derivados de la adaptación de los viajeros a una realidad tan distinta a la de Italia. En cada caso tomaremos a un misionero de ejemplo.

Los franciscanos tienen una forma muy particular de entender y practicar la evangelización. Se podría decir que en su propuesta hay tres elementos que los acompañan sea cual sea el lugar en que se encuentren: la pobreza, el afán de vivir entre los infieles y la firme voluntad de alcanzar la conversión de éstos.

Los franciscanos no sólo se sienten pobres, viven la pobreza y anhelan mostrarse pobres ante los demás. Hay en ellos una especie de renuncia a los bienes materiales que, al margen de su mérito, limita su capacidad de acción, sobre todo cuando los recursos son fundamentales para emprender una tarea que los demanda. Al darse cuenta, sintieron un cierto desaliento que no estuvo ausente entre los italianos que vinieron en el siglo XIX.

El desaliento era mayor cuando no podían vivir entre los infieles. Vivir entre éstos significaba para ellos compartir el mundo del indígena y predicarles el evangelio. El franciscano rechaza el contacto ocasional; sólo admite la relación permanente con los pueblos que va a evangelizar y, cuando ya está con ellos, intenta la conversión definitiva. El franciscano no tiene otra meta; valORIZA los sacramentos, pero privilegia la transmisión del cristianismo y su aceptación por los neófitos en todos sus términos⁴⁴.

Los dos últimos propósitos, vivir entre los infieles y lograr su conversión, fueron difíciles de alcanzar en la Araucanía. Los mapuche cierran las puertas al misionero y se afirman en sus creencias y costumbres. De algún modo, los jesuitas reaccionaron readecuando sus métodos y adaptándolos a esa realidad. Los franciscanos son más rígidos.

Más consecuentes con su condición de siervos de Dios y menos dispuestos

⁴³ Hugo ARAYA, 1976, p. 334. Sobre los padres Spila y Pensesse, véase también la obra de ARAYA, pp. 303-304 y 259.

⁴⁴ Jorge PINTO, «Frontera, misiones y misioneros en Chile. La Araucanía, 1600-1900», en Jorge PINTO y otros, *Misioneros en la Araucanía*, pp. 17-119. La referencia en pp. 75-77.

a admitir formas de vida distintas a las que propone el cristianismo, no conciben su tarea de otra forma. Tenaces en sus propósitos, carecen del optimismo y capacidad creadora de los jesuitas.

Un cierto derrotismo parece invadirlos y, aun, se podría decir que se sienten inclinados a replegarse ante el menor obstáculo. Fue el espíritu que heredaron de su fundador y que los hizo sentir con mucha fuerza el impacto de tener que enfrentarse a pueblos diferentes, poco dispuestos a admitir el cristianismo.

Entre los italianos que llegaron en 1837 hubo uno que representó claramente esta forma de ser del franciscano. Se trata de fr. José María Bonazzi, natural de Roma, diácono al llegar y sacerdote desde 1838.

El padre Bonazzi escribió una historia de las misiones franciscanas que varias veces hemos citado aquí. De lo que apuntó en sus páginas podemos inferir lo que sentía en la Araucanía.

El territorio le parece encantador. Los ríos y la abundante vegetación cautivaron su espíritu; sus pobladores, no. Bonazzi ve a los indígenas llenos de vicios y defectos; reconoce que son hospitalarios, pero los describe ladrones, borrachos y víctimas de pasiones desatadas en sus fiestas y malones⁴⁵. Por eso no tuvo suerte entre ellos. Destinado a Tucapel, apenas llegado a su destino los increpó por sus ritos y costumbres. Pronto entró en conflicto con los caciques; al poco tiempo éstos no querían saber nada de él. Estuvo, sin embargo, varios años en la zona. Finalmente, pasó a Valparaíso, Osorno y Chiloé, para viajar al Perú, donde murió en 1869⁴⁶.

El desencanto de Bonazzi y sus ácidas críticas a los mapuche resumían la vieja historia franciscana en la zona. Sus hermanos, desde el siglo XVI al XVIII, no se habían cansado de fustigar las costumbres araucanas; para ellos, los indios eran sujetos indolentes que cerraban las puertas al evangelio, condenándose a la perdición eterna.

Bonazzi no hizo ningún esfuerzo por descubrir al hombre que había detrás de cada mapuche. Tampoco por entender y aceptar su mundo. El contacto interétnico no existía para él, tampoco el contacto intercultural. Se movía en un marco de relaciones que lo hacía aparecer como representante de un pueblo cristiano, dueño de la verdad, de la única verdad posible y admisible, y a los indígenas como pueblos «salvajes», a los cuales había que salvar, convirtiéndolos a la forma de «ser europea». Aquí está la clave para entender el etnocentrismo y la actitud etnocida de algunos misioneros, incluidos los italianos que llegaron a la Araucanía en el siglo XIX. Explica también las tendencias genocidas que tuvieron algunos.

⁴⁵ BONAZZI, 1854, pp. 135-139.

⁴⁶ SPILA, 1896, pp. 658-660 y ARAYA, 1976, p. 73.

Las autoridades chilenas, impacientes por terminar con «el problema mapuche» y ocupar sus tierras, era lo que querían escuchar de los misioneros. El ideal de unidad nacional que prevaleció en el siglo XIX, negador de la diversidad, se plasmó en propuestas del gobierno que echaron por tierra el mundo fronterizo que había existido hasta entonces y en el discurso de hombres como Bonazzi. Así se explica el apoyo que las autoridades prestaron a estos representantes de la Iglesia.

En el curso de su historia, Chile ha vivido de muchas ilusiones. Una de éstas consistió en creer durante el siglo XIX que el país progresaría anulando al pueblo mapuche⁴⁷.

Para lograr este propósito, los misioneros podían ser eficaces colaboradores. Don Pedro Palazuelos proponía en la Cámara de Diputados, el 10 de agosto de 1840, traer de nuevo a los jesuitas a Chile. «Debíamos haber empleado la religión, decía Palazuelos, con más esmero que nuestros hermanos del Norte [Estados Unidos], ya fuese para integrar y pacificar nuestro territorio, ya para asegurar su independencia, o ya en fin, para formar el pueblo a las instituciones democráticas que tan identificadas están con el cristianismo»⁴⁸.

El gobierno no recurrió a los jesuitas. El encargo al padre Herreros, el viaje del padre Zenón Badía a Roma y la llegada de los franciscanos italianos en 1837, respondían al mismo propósito.

Estos religiosos, escribía un articulista de *El Mercurio* de Valparaíso, refiriéndose a la llegada del primer grupo de italianos en 1837, son útiles no sólo por la religión, «cuanto por lo mucho que contribuyen a mantener en paz y tranquila subordinación de los estados, extender progresivamente sus dominios y aliviar en gran parte las miserias de la humanidad»⁴⁹.

Los mapuche presintieron el alcance de los términos «integrar» y «pacificar» y lo que para ellos significaba mantener los territorios «en paz y tranquila subordinación de los estados». Las hostilidades al padre Bonazzi y la abierta resistencia a la mayoría de los frailes, expresaba la voluntad de un pueblo que se negaba a perder su autonomía y a abandonar sus creencias y estilos de vida.

Si el padre Bonazzi se comportó de acuerdo a las normas que regulaban la conducta de los franciscanos, el padre Querubín Brancadori se encargó de quebrarlas.

⁴⁷ He tomado la idea de las ilusiones de Chile de la ponencia del profesor Christian MARTINEZ, *La ilusión colonizadora en Chile, los colonos Boers de Gorbea*, presentada al IV Congreso de Historia Regional de Chile, Universidad de la Frontera, Temuco, noviembre de 1990.

⁴⁸ Citado por S. URIBE, «Las misiones capuchinas de Araucanía», p. 202.

⁴⁹ *El Mercurio de Valparaíso*, miércoles 9 de agosto de 1837.

Lamentablemente, no es mucho lo que sabemos de él. Es casi seguro que no vino en el primer grupo; debió llegar en el segundo o tercero. El año 1843 figura ya en el Colegio de Chillán, sin registrarse su edad, ni los años que lleva de franciscano⁹⁰. Se conservan, sin embargo, algunas de sus cartas.

El año 1845 escribía al padre Chuffa, dando cuenta de su gestión en Tucapel. Trabaja con ahinco, sin expresar queja alguna. Se percibe un hombre alegre y dispuesto a compartir su vida con los mapuche. Estos se aficionaron a él; le tenían casi por uno de los suyos. A tanto llegaron sus manifestaciones de cariño, que en 1852 se hizo sospechoso a las autoridades por las aclamaciones con que lo recibieron cuando todos esperaban un levantamiento indígena⁹¹.

De actitud más permisiva, más tolerante, más propia del hombre que quiere compartir en vez de imponer, el padre Brancadori muestra la cara cotidiana de la evangelización emprendida por estos italianos. Sin duda, su paso por la Araucanía debió quedar registrado en la memoria del pueblo mapuche.

Bonazzi y Brancadori representan los extremos. Hubo otros que debieron enfrentar problemas de otra índole, muy propios de quienes dejan su tierra para vivir en otra extraña.

El 10 de enero de 1839 el gobierno chileno expresaba al Prefecto General de Misiones, fray Manuel Unzurrunzaga, su malestar por la mala conducta de cuatro misioneros italianos, dos de los cuales parecían incorregibles. Los acusados eran los padres Alfonso Magna-Grecia, Hilarión Misquianti, Angel Alfonsi y Septimio Begambi⁹². Dos meses más tarde, don Mariano Egaña insistía sobre lo mismo, recomendando entonces devolver a Italia, y sin dilación, a los padres que no corrigieran su comportamiento⁹³. El padre Magna-Grecia tuvo líos con el propio Presidente de la República, dejando las cosas en un punto muy delicado⁹⁴.

¿Eran las faltas de estos frailes tan graves como parecen deducirse del tenor de

⁹⁰ Estado del Colegio de Propaganda Fide de Chillán, 1843.

⁹¹ Contestación que da a las acusaciones hechas por el Intendente Interino de Concepción don José de Rondizzoni, el p. Querubín Brancadori, misionero de Imperial, 1852. CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 20, doc. 276.

⁹² Carta del Sr. R. L. Irrarázabal al Prefecto General de Misiones, Santiago, 10 de enero de 1839. CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 17, f. 4.

⁹³ Hay dos cartas de Mariano Egaña al Provincial de la Orden de San Francisco, la primera fechada en Santiago, el 20 de marzo de 1839. (CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 17, f. 18), y la segunda de Santiago, 22 de abril del mismo año (Archivo del Convento de San Francisco de Santiago, Asuntos Varios, vol 9, foja 80). En la última señalaba que los padres Magna-Grecia y Misquianti, habían sido conducidos a Chillán en calidad de presos y con orden de expulsión de Chile, por no atenerse a las reglas establecidas.

⁹⁴ CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 17, f. 48.

las acusaciones? Ciertas recomendaciones dadas por el padre Unzurrunzaga hacen sospechar que no, más aun si sabemos que casi todos llegaron a ser después religiosos ejemplares. ¿Qué pedía el Prefecto? Que vivieran en Chile a la usanza del país, que no montasen a caballo, que vistiesen pobremente y que, sin aprovecharse del cansancio de la navegación, evitasen las granjerías y aprendiesen, cuanto antes, la lengua de los indios⁵⁵. En suma, que se comportasen como si estuviesen en Italia, como si nada hubiese ocurrido o cambiado en sus vidas.

Las cosas no eran así. Aquellos misioneros eran, por encima de su condición de sacerdotes enrolados a una orden religiosa, inmigrantes tan expuestos como cualquier otro a los problemas de adaptación a una tierra desconocida. La nostalgia por la patria, la sensación de desarraigo y las dificultades para actuar en un medio tan distinto al de Italia, debieron afectarles. En 1844, en las lejanas estepas magallánicas, el padre Pasolini hacía referencia a una fruta muy parecida «a la uva chica» de su tierra⁵⁶, y, en 1876, el padre Estanislao Leonetti, Prefecto Apostólico de las misiones, daba cuenta del lamentable estado de salud del padre Leopoldo Ponti.

«Es cosa de un mes», escribía el padre Leonetti, «que se ha observado en el religioso Fr. Leopoldo Ponti, indicios muy marcados de enajenación mental, sin poderse conseguir esperanza alguna de mejoría. Tiene ratos de furia, acomete y ha habido ocasiones en que ha estado a punto de cometer homicidio»⁵⁷.

Viejas dolencias, arrastradas tal vez desde Italia, cobraban fuerza en un medio que parecía angustiarse, aun más, al padre Ponti.

La presencia italiana en la Araucanía se puede estudiar desde distintos puntos de vista. Aquí se ha escogido a los misioneros que vinieron desde Italia entre los siglos XVII y XIX y, en esta parte del trabajo, un aspecto que requiere una cierta dosis de imaginación: la manera cómo cada padre resolvió el problema de enfrentarse a una realidad diferente, lejos del mundo en el cual se había desenvuelto. Las asociaciones del padre Pasolini, las conductas desa-

⁵⁵ CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 17, f. 81-82v.

⁵⁶ Carta del p. Domingo Pasolini al p. Paulino Romani, Puerto de Hambre, febrero 19 de 1844, publicada por el p. R. Lagos en *Revista Seráfica*, tomo XV, ya citado, pp. 287-290. En esta carta, Pasolini da cuenta de un marino norteamericano que abandonó la nave para vivir con una nativa del lugar. El año 44 tenía dos hijos y dominaba la lengua indígena.

⁵⁷ Carta de Fr. Estanislao María Leonetti al Gobernador del Territorio de Colonización de Angol, don Basilio Urrutia, en Angol, 4 de febrero de 1876, en ANS, Gobernación de Angol, vol. 6. En 1878 el padre Ponti fue trasladado al Colegio de Castro, aliviado, al parecer, de sus dolencias. Véase Bernardino Díaz, obra citada, p. 65. Agradezco la referencia del Archivo Nacional al prof. Juan Contreras Batarce.

justadas de los padres de Chillán y el grave deterioro de la salud del padre Ponti, pueden tener relación con los conflictos que se desatan en los hombres que han dejado su mundo para instalarse en otro. El inmigrante, aunque sea misionero, ha dejado afectos, costumbres y estilos de vida, a veces difíciles de reemplazar.

4. LOS CAPUCHINOS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

El gobierno chileno seguía vivamente interesado en traer nuevos misioneros a la Araucanía. La idea era «civilizar» a los mapuche y atraerlos por medios pacíficos para lograr la definitiva unidad del país.

En 1847, el presidente Manuel Bulnes encomendó a su ministro plenipotenciario en Roma, don Ramón Luis Irrazábal, conseguir otra comunidad misionera que acompañara a los franciscanos de Chillán y Castro.

«Para orientarse más certeramente», escribe fr. Sergio Uribe, historiador de la evangelización capuchina en Chile, «el señor Irrazábal acudió a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, organismo de la Santa Sede encargado de las misiones entre infieles. Allí lo orientaron hacia los capuchinos»⁵⁸.

En carta al gobierno de Chile, don Ramón Luis Irrazábal decía:

«La Congregación de Propaganda, como V. S. lo sabe ya, diversos sujetos con quienes he consultado, en particular, y la opinión general, están de acuerdo en que la Orden de Capuchinos es la más digna, o una por lo menos de las más dignas de cuantas existen, y quizá la que con más fruto ha trabajado hasta el día en el ramo de misiones en distintas partes del mundo»⁵⁹.

Al poco tiempo, las gestiones del ministro Irrazábal culminaban exitosamente. El 16 de agosto de 1848 firmaba en Roma un contrato con el padre Félix de Lípari, Procurador General de la Orden Capuchina, mediante el cual se convenía la venida de doce misioneros a la Araucanía en el más breve plazo⁶⁰.

Fue el punto de partida de la presencia capuchina en la zona, que se extien-

⁵⁸ S. URIBE, «Las misiones capuchinas de Araucanía», p. 203.

⁵⁹ Citada por Ignacio de PAMPLONA, o.m.c., *Historia de las misiones de los pp. Capuchinos en Chile y Argentina (1849-1911)*, Imprenta Chile, Santiago, 1911, p. 75.

⁶⁰ El convenio y detalles de la gestión del ministro Irrazábal en PAMPLONA, 1911, pp. 76-77.

de hasta nuestros días y que trajo, entre 1848 y 1889, alrededor de 123 religiosos italianos, hasta su reemplazo en 1889 por los capuchinos españoles y, en 1895, por los capuchinos bávaros⁶¹.

El encargado de organizar la primera expedición fue el padre Angel Vigilio de Lonigo, un capuchino nacido en 1806 y de fuerte personalidad. El 23 de mayo de 1848, en el velero San Giorgio, partía de Génova con destino a Chile, acompañado de un grupo de 11 sacerdotes. A los cinco meses exactos, el 23 de octubre, llegaban a Valparaíso⁶². Eran hombres jóvenes, cargados de entusiasmo y buena disposición para emprender la tarea que se les había encomendado. Quienes componían la expedición eran los siguientes religiosos:

Padre Angel V. de Lonigo, de la Provincia de Venecia, Prefecto,
 Padre Lorenzo de Verona, de la Provincia de Parma,
 Padre Constancio de Trisobio, de la Provincia de Alejandría,
 Padre Pablo de Roio, de la Provincia de los Abruzos,
 Padre Francisco de Sásari, de la Provincia de Sásari,
 Padre Adeodato de Bolonia, de la Provincia de Bolonia,
 Padre Amadeo de Bra, de la Provincia Piamontesa,
 Padre Feliciano de Strevi, de la Provincia de Alejandría,
 Padre Romualdo de Citanova, de la Provincia de las Marcas,
 Padre Tadeo de Pfatter, de la Provincia Bávara,
 Padre Constantino de Voire, de la Provincia de Génova, y
 Padre Constancio de Ponzzone, de la misma Provincia de Génova.

Con excepción del padre Pfatter, bávaro de origen, el resto eran italianos⁶³.

El año 1853, por gestión personal hecha en Italia por el propio padre Lonigo, se consiguió la venida de un segundo grupo, compuesto esta vez por 41 religiosos, entre sacerdotes y legos. Varios se quedaron en la zona central, fundando nuevas casas de la Orden; otros partieron al sur a trabajar con los indígenas.

El mismo padre Lonigo se encargaría de relatar la historia de los primeros años de evangelización capuchina en Chile, en una relación que escribió en el convento de Forli, en 1862, cuando ya había regresado definitivamente a Italia.

⁶¹ PAMPLONA, 1911, pp. 312 y 340.

⁶² URIBE, «Las misiones capuchinas de Araucanía», pp. 205-206.

⁶³ *Relación histórica de las misiones capuchinas en Araucanía, Chile*, recopiladas y manuscritas en italiano por el padre Fortunato de Drena, misionero capuchino, el año 1892. Publicada en español con traducción y notas de Sergio Uribe, ofm cap. en Jorge PINTO y otros, *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*, pp. 283-385. La referencia, en pp. 286-287.

Gracias a su pluma conocemos una serie de detalles acerca de esta experiencia misionera⁶⁴.

La llegada de los capuchinos no estuvo exenta de dificultades, una de las cuales puso frente a frente a dos grupos de italianos, que tuvieron su pequeña guerra, a enorme distancia de la patria. Las otras tuvieron que ver con los problemas del padre Lonigo con el gobierno y con la Sociedad Evangélica, agrupación de católicos chilenos dispuesta a ayudar a los padres capuchinos.

La fuerte personalidad del padre Lonigo, su energía y carácter emprendedor, chocaron con la falta de recursos que había en el país para atender sus peticiones. Todo esto fue debilitando sus relaciones con quienes podrían haber colaborado con él.

Las circunstancias de la Iglesia en Italia tampoco favorecían los proyectos del padre Lonigo. El laicismo y la persecución de los institutos religiosos habían disminuido las vocaciones, cerrando toda esperanza de refuerzo de personal desde Italia.

Frente a esta realidad, el padre Lonigo concibió una verdadera utopía: fundar en Santiago un Colegio de Misiones que fuera semillero de misioneros capuchinos y sede también de la Prefectura Apostólica. A este fin obedeció su viaje a Italia, en febrero de 1852, que traería al segundo grupo de capuchinos italianos que llega en 1853. Sin embargo, y aunque el padre Lonigo logró concretar algunos de sus proyectos, no fueron pocos los conflictos que tuvo que enfrentar. Al final, el 11 de noviembre de 1859, partió de regreso a Italia, arrastrando una serie de acusaciones que esperaba disipar en Roma⁶⁵.

La pequeña guerra entre italianos se produjo con motivo de las disputas entre franciscanos y capuchinos por los territorios que les correspondía misionar.

Como el gobierno chileno había encargado las misiones de la Araucanía a los franciscanos del Colegio de Chillán, cuya acción se había visto vigorizada con la llegada de los misioneros italianos en 1837, las autoridades decidieron entregar a los capuchinos las misiones que estaban al sur del río Imperial, vale decir, los territorios ubicados entre ese río y la ciudad de Valdivia, cuya evangelización se encontraba bastante descuidada. Los problemas surgieron cuando el padre Lonigo intentó establecerse en la misión de Imperial, en el

⁶⁴ La *Relación* del padre Lonigo fue publicada por el p. Sergio Uribe con el título de «Relación de las misiones de Chile, hecha por el muy reverendo padre Angel Vigilio de Lonigo, de la Provincia Capuchina de Venecia», en *Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile*, vol 2, Seminario Pontificio Mayor, Santiago, 1984, pp. 199-239.

⁶⁵ URIBE, *Relación de las misiones de Chile*, pp. 200-201.

límite de su jurisdicción, amenazando la soberanía de los franciscanos de Chillán.

Estos reaccionaron con rapidez. El padre Brancadori, un italiano que en empuje y sagacidad no le iba en zaga, se trasladó a Imperial y convenció a los indígenas de que le permitieran fundar una nueva misión. Por esos días se había producido en las costas de la zona el naufragio del Joven Daniel, acontecimiento en torno al cual se tejió en Santiago una tenebrosa historia que hacía aparecer a los mapuches como indígenas de inimaginable crueldad.

En noviembre de 1849 el padre Brancadori se instala en las riberas del Imperial. Alojándose en las rucas de los indios, funda la misión el 24 de ese mes y a los pocos días comunica la llegada del padre Lonigo. Pacificados los ánimos después de los sucesos producidos con motivo del naufragio del Joven Daniel, dice el padre Brancadori, apareció el prefecto de los capuchinos, «poniendo alboroto terrible entre los indios, diciendo que él era el dueño de todos ellos y que me botasen al instante porque sólo había venido a robarles sus bueyes y ovejas». El padre Lonigo replicó con una carta cargada de ofensas. Así lo dice el padre Brancadori⁶⁶.

El padre Lonigo no sólo se dedicó a escribir cartas. Acompañado de un lenguaraz, recorrió la región tratando de ganarse la voluntad de los indígenas. En su *Relación* hace referencias a un conflicto surgido entre él y las autoridades militares de Concepción respecto de la forma cómo se debía proceder con los indios, cuando se pensaba que éstos habían tenido ver con la muerte de las víctimas del naufragio del Joven Daniel. Aduciendo esa razón, justifica un viaje hecho a Santiago con la celeridad de un rayo para entrevistarse con el Ministro de Culto y el propio Presidente de la República⁶⁷. En las reuniones ventiló esas cosas; sin embargo, no cabe dudas de que llevaba bajo el poncho sus quejas contra los franciscanos de Chillán, a quienes consideraba usurpadores de sus tierras.

El gobierno tuvo que tomar cartas en el asunto. El 13 de marzo de 1850, el ministro Manuel Antonio Tocornal escribía al padre Chuffa, Vice Prefecto de las misiones franciscanas en la Araucanía, previniéndole que se cuidara de traspasar el río Imperial⁶⁸. Algunos meses más tarde, el 20 de agosto de ese mismo año, por decreto 605, ratificaba la provincia de Valdivia para los capuchinos y la de Concepción para los franciscanos, recordando que los límites entre ambas provincias, establecidos por ley de 24 de agosto de 1836, era el río Cautín o

⁶⁶ Carta del p. Brancadori al p. Diego de Chuffa, Imperial 5 de enero de 1850, en CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 20, doc. 152.

⁶⁷ URIBE, «Relación de las misiones de Chile», pp. 218-220.

⁶⁸ CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 20, doc. 159.

Imperial⁶⁹. Así se puso fin a una disputa entre italianos, marcada por el sello de los hijos de esa patria.

Resueltas las dificultades, los capuchinos toman posesión de las misiones que les asignara el gobierno. Ligeramente al sur de la región que conocemos como la Araucanía, los territorios que debían evangelizar estaban al borde de la zona que nos interesa en este artículo. Sus incursiones por las riberas del Cautín y su presencia en los parajes aledaños a Villarrica obligan, sin embargo, a tratarlos con alguna detención.

Los capuchinos pertenecen a la misma familia fundada por San Francisco en 1209. Producto de una de las tantas divisiones de la Orden, se organizan como comunidad independiente en 1528, sin renunciar a los preceptos principales de la Regla franciscana.

Evangelizan igual que los otros franciscanos, con pobreza, viviendo entre los infieles y tratando de lograr su conversión; pero, a diferencia de los primeros, los capuchinos en la Araucanía parecen más dispuestos a admitir a los mapuches tal como son, sin desalentarse cuando no pueden lograr su objetivo. Es cierto que los tiempos han cambiado y que la propia evangelización se hace, ahora, de manera diferente; sin embargo, los capuchinos parecen buscar el encuentro con más ahinco que los misioneros anteriores.

La escuela, donde catequizar a los niños, es su ideal misionero y, al igual que los franciscanos de Chillán, se empeñan por implantarlas en sus lugares de residencia. Aunque por su condición de extranjeros les estaba expresamente prohibido dedicarse a actividades escolares, tuvieron más suerte. Varios establecimientos de primeras letras florecieron al amparo de sus cuidados, logrando concretar el ideal franciscano de educar al neófito desde la infancia⁷⁰. Por eso, no cayeron en el desaliento ni en las descalificaciones de los nativos de la zona.

La *Relación* del padre Lonigo proporciona las primeras pistas. Aunque escrita en tono muy comprometido con la causa capuchina, refleja la admiración que sintieron los frailes por los mapuche y el reconocimiento a sus cualidades positivas: la hospitalidad, el respeto y la solidaridad con los necesitados. Sin ocultar lo que consideran sus defectos, equilibran la balanza en un punto de mayor justicia⁷¹.

⁶⁹ CHILLAN, Asuntos Varios, vol. 20, doc. 200. Sobre la disputa entre franciscanos y capuchinos, véase también las obras citadas del p. Sergio Uribe.

⁷⁰ Albert NOGLER, capuchino, *Cuatrocientos años de misión entre los araucanos*, Editorial San Francisco, Padre las Casas, 1982. La obra del p. Nogler es una de las mejores que se ha escrito sobre la evangelización en la Araucanía. Para los efectos de este trabajo, hay interesantes referencias a los capuchinos italianos entre las pp. 97 y 111. En lo relativo a los jesuitas y franciscanos italianos es más débil.

⁷¹ URIBE, 1984, pp. 213-216.

No es que los capuchinos renuncien al ideal de convertir a los indígenas; eso para ellos era intransable; la diferencia está en que, a pesar del fuerte anhelo que sienten de transformar al mapuche, a quien miran con una especie de compasión por lo que consideran sus bárbaras costumbres y alejamiento de Dios, se dejan llevar a veces por actitudes tolerantes, que hacen menos chocante el contacto entre europeos e indígenas.

Tal vez, los ejemplos más claros se puedan encontrar en algunos pasajes de *L'Araucania, memorie inedite delle missioni dei FF. MM. Cappuccini nel Chili*, recopilada por el padre Antonino da Reschio y publicada en Roma en 1890⁷².

Las *machi* habían sido el blanco preferido de los misioneros. Consideradas brujas o sacerdotisas del demonio, jamás contaron con la simpatía de jesuitas y franciscanos. Los capuchinos no cambiaron de opinión, sin embargo actuaron con ellas de manera diferente.

En 1855, cuenta el padre Adeodato de Bolonia, estuvo el padre Constancio de Trisobbio gravemente enfermo, cuando se encontraba en la misión de Imperial. Probaron diferentes medicinas, sin obtener la curación; las posibilidades de conseguir un médico eran también muy remotas. Buscaron entonces una médica indígena llamada Juana, muy hábil en sanar enfermos y ciertamente célebre entre los indios. La *machi* lo examinó, diagnosticó su gravedad y preparó la medicina. A los pocos días, el padre estaba completamente sano.

«Pagué la medicina, agrega el padre Adeodato, y le rogué [a la *machi*] me indicase con cuales hierbas hacía esos remedios; pero ella me contestó que jamás manifestaría los secretos de su arte»⁷³.

El propio padre Adeoato tuvo, todavía, una actitud más audaz. Habiéndose desatado una mortal epidemia de «tenesmo» o disentería, se dedicó a curar a los enfermos, presentándose en las rucas al estilo de las *machis*. Lo hacía para bautizar a los indios y conseguir, según creía, la salvación de sus almas; sin embargo, también les aplicaba medicamentos que aliviaba a los enfermos. «La fama de médico que adquirí, cuenta en un informe de esos años, me daba derecho para entrar en todas las casas, sin el previo permiso de sus respectivos dueños»⁷⁴.

⁷² La edición italiana fue publicada en la Tipografía Vaticana. En castellano circula una traducción hecha por el p. Ambrosio Ferroni, capuchino, en enero de 1984, en texto mecanografiado, una de cuyas copias se puede consultar en el Museo de la Araucanía de Temuco. Esa versión será la que citaremos en este trabajo.

⁷³ DA RESCHIO, 1890 (1984), pp. 13-14.

⁷⁴ Idem, pp. 61-62.

Así, este joven capuchino italiano, de apenas 24 años, que deambuló por la Araucanía a comienzos de la segunda mitad del siglo pasado, conseguía concretar el viejo ideal de todo franciscano: vivir entre los infieles, predicándoles la palabra de Dios para intentar su salvación.

Los mapuches empezaron a mirarlos con simpatía. En tiempos en que el gobierno chileno estaba decidido a ocuparles sus tierras, los ven casi como aliados. El padre Constancio vivió una experiencia que no deja de ser ilustrativa.

Instalado en las cercanías de Imperial, en 1856 recibió la visita de un cacique que le confesó, sin rodeos, el objeto de su gestión:

«Yo he venido, le dijo, a ver esta Misión, no por diversión, sino para adquirir informes fidedignos y poder así informar y contestar a los demás Caciques más apartados; porque ellos sospechan que los *Patirus* (misioneros) sean agentes del gobierno y hayan construído estas grandes casas para alojar a los soldados españoles, que vendrán a invadir nuestras tierras»⁷⁵.

El padre Constancio, cuenta el padre Adeodato en la *Memoria* compilada por el padre Da Reschio, con su calma característica, le dijo que siendo misioneros italianos mandados por el Papa no tenían ningún interés de que los españoles se adueñasen de sus tierras. Y para que se persuadiese de que habían venido únicamente para hacer el bien, lo invitó a visitar los edificios y las instalaciones de la misión y percatarse de los fines a que eran destinados⁷⁶.

El cacique quedó conforme y agradeció al padre su presencia. «Así, le dijo, estando siempre con nosotros, ustedes, que son tan inteligentes, nos enseñarán muchas cosas que nosotros ignoramos y nos defenderán, impidiendo que los *huincas* (españoles) se adueñen de nuestras tierras». Acto seguido, procedió a entregarle dos de sus hijas, que obsequió en calidad de esposas⁷⁷.

Trabajo costó a los padres explicarles al cacique que no podían aceptar el presente. A las situaciones pintorescas, casi divertidas, se sumaron la sorpresa del cacique, que no atinaba a comprender cómo estos hombres podían vivir sin mujeres. Sin embargo, en medio de los hechos, hay un detalle que no puede pasar inadvertido.

De acuerdo a la versión que reproduce Da Reschio, el padre Constancio le habría dicho al cacique que siendo ellos ministros del *Genen Mapun* (gran Dios del mundo), no podían tener esposas⁷⁸. Sin complicaciones, en un diálogo fran-

⁷⁵ Idem, p. 64.

⁷⁶ Idem, p. 65.

⁷⁷ Idem, p. 66.

⁷⁸ Idem, p. 66.

co y abierto con el indígena, este capuchino italiano asoció su condición de misionero a una divinidad nativa, explicando su condición de sacerdote en el contexto del mundo mapuche.

Hubo ocasiones en que los capuchinos también dieron pruebas de intolerancia. Era difícil que no lo hicieran. Todavía el cristianismo no había llegado a las formas ecuménicas que conocemos hoy y los capuchinos no vivieron al margen de su tiempo. El entierro del cacique Paiñanco, en 1855, no deja dudas.

Paiñanco falleció cristiano, bautizado por los padres casi al momento de su muerte. Producido su deceso, los padres quisieron enterrarlo según los ritos católicos. Sus parientes protestaron, empeñándose, según cuenta el padre Constancio, en «sepultarlo de acuerdo a sus ritos supersticiosos y con todos los honores que ellos suelen tributar a los grandes de la nación». Al final se tuvo que llegar a un acuerdo. La misa funeraria estuvo acompañada de las acostumbradas vueltas a caballo que hacen los mapuches alrededor de sus difuntos, gritando y tocando pitos para ahuyentar a los espíritus malignos⁷⁹.

El entierro de Paiñanco fue una curiosa mezcla de ceremonia cristiana y prácticas indígenas. De algún modo, simbolizó el sincretismo cultural que se iba produciendo, al cual de manera tan marcada contribuían estos y otros misioneros venidos desde Italia en épocas anteriores; aunque, en el fondo, demuestra también que era el resultado de una imposición que los mapuches resistieron sin conseguir su propósito.

Pablo Treutler, el aventurero alemán que recorrió Chile por esos mismos años, relató otra situación que también resulta interesante.

Treutler pasó por la misión de Queule en junio de 1859. Conversó allí largamente con los padres Pedro de Reggio y Agustín de Bolonia. El contacto con un europeo de cultivada formación, hombre de mundo y gran conocedor del país, debió entusiasmar a los misioneros italianos. No muy a menudo tenían oportunidad de conversar con sujetos de ese tipo.

Hablaron de los mapuches, de sus costumbres, supersticiones y de su lengua. Treutler estaba vivamente interesado en dominarla y la ayuda de los padres podía resultarle muy oportuna. En medio de la conversación, el alemán registró un hecho que deja en evidencia los problemas que creaban a los indígenas cuando los convertían por la fuerza o por medio de procedimientos que los sacaba de su mundo. En palabras de Treutler las cosas sucedieron así:

«Se dirigieron [los padres] a Boroa, en donde reside un indio que pasa por adivino, y cuya ciencia ha estado a veces en peligro de fracasar entre los mismos creyentes.

⁷⁹ Idem, p. 60. Varios de los sucesos aquí referidos, entre ellos el entierro del cacique Paiñanco, aparecen también en la *Relación histórica* recopilada por el padre Drena.

Como el pretendido adivino, movido de la curiosidad, hubiese tenido un día la idea de visitar la misión de Toltén, los PP. le hicieron la más hospitalaria acogida queriendo aprovechar la ocasión de convertir al infiel por medio de atenciones y regalos. El indio, ya sea por interés o por verdadero deseo de saber, se manifestó curioso de conocer algunos detalles del culto y de la religión cristiana. Los padres, que creyeron que iban a catequizar a un neófito, accedieron gustosos a satisfacer su curiosidad y redoblaron sus atenciones. El indio se mostró satisfecho de la acogida que había recibido de los religiosos, quienes a su turno le obsequiaron por despedida una pequeña cruz que ellos mismos le colgaron al cuello. Vuelto a su tribu nuestro adivino con aquel nuevo adorno, la credulidad de sus paisanos principia por alarmarse y acaba por negar la ciencia del que se había manchado con la reliquia. Nuestro adivino no pudo ejercer más su oficio, ni ser venerado por sus creyentes hasta que no se hubo desprendido de la sagrada insignia, lo que no sucedió sin que hubiese tenido lugar un alboroto en la tribu de Boroa, y que una partida de salvajes se hubiese encaminado a Toltén con el objeto de asesinar a los PP. que habían maleficiado al adivino»⁸⁰.

Los padres Pedro y Agustín se mostraban vitales y contentos. Lo mismo los padres Constancio y Adeodato. El padre Agustín de Niza también expresaba su satisfacción. «Cuando me confiaron esta pequeña porción de la viña del Señor, escribía desde Purulón, el 1 de enero de 1888, todo se conjuraba en mi contra; el lugar, el clima, la distancia, la mortal indiferencia y la continua oposición de los habitantes. Pero, ya hoy, con el favor de Dios, muchos de estos obstáculos han desaparecido y otros van disminuyendo cada día más»⁸¹. No conforme con su trabajo evangélico, preparó un *Breve método del idioma araucano* y un diccionario italo-araucano, de mucha utilidad para sus hermanos. Otros, sin embargo, a quienes siempre el balance parecía negativo, fueron cogidos por el desaliento tan propio del franciscano.

Muy avanzado el siglo, en 1889, el padre Alfonso de Bitonto se quejaba con cierta amargura del fracaso misional. En un informe fechado en Boroa, el 5 de julio de ese año, recordaba que a su llegada a la misión, a principios de noviembre de 1883, no encontró «entre estos salvajes feroces» una sola familia cristiana que lo recibiese y diese alojamiento⁸².

«Los obstáculos para la civilización de los araucanos son innumerables y grandes, escribía más adelante, especialmente la poligamia, el ocio, la falta del hábito para el trabajo, la tendencia a la embriaguez y al robo, se oponen poderosamente a la acción regeneradora de la Religión. Por lo tanto, estoy convencido que los adultos morirán

⁸⁰ Pablo TREUTLER, *La provincia de Valdivia y los araucanos*, Imprenta Chilena, Santiago, 1861, pp. 87-89.

⁸¹ DA RESCHIO, 1890 (1984), p. 116.

⁸² DA RESCHIO, 1890 (1984), p. 120.

en sus vicios y errores y toda la esperanza descansa en la nueva generación siempre y cuando se eduquen los niños de ambos sexos en las letras y en las artes y en buenas escuelas»⁸³.

No todos vieron las cosas del mismo modo. El libro de Pascual Coña, *Testimonio de un cacique*, ilustra un caso diferente.

Pascual Coña tenía unos catorce años cuando fue llevado a la escuela que a orillas del lago Budi atendían los padres Constancio de Trisobio y Gabriel de Sevilla. Ambos enseñaba a los niños y trataban con los demás indígenas, cambiándoles productos de la tierra por artículos que traían de Valdivia⁸⁴.

La vida en la misión transcurría sin sobresaltos. Al lago Budi aún no llegaban los «huincas» y el ganado y los frutos crecían abundantes. De vez en cuando, el padre Constancio partía a Valdivia cargado de productos que transaba por otros que repartía luego en la misión. El viaje se hacía por un sendero que recorría sin peligro.

Pascual Coña era un muchacho inteligente. Los misioneros lo enviaron a Santiago. Desde allí volvió después de varios años dedicados al estudio y al trabajo. Aprendió el oficio de carpintero y ejerciéndolo se quedó en la capital. De nuevo en la misión, permaneció un tiempo con los padres. Al cabo de un año, regresó donde los suyos y recupera su vida de mapuche. Los capuchinos nada hicieron para retenerlo; parecen más dispuestos a aceptar en el nativo el derecho a vivir en su mundo.

Pero la Araucanía estaba dejando de ser lo que había sido. Los viejos mapuches aborrecían a los extranjeros y éstos empezaban a quitarles sus tierras. Estalla el malón de 1881 y el padre Constancio tiene que abandonar la misión, ayudado por Mozo, cacique de Boroa⁸⁵.

El mundo mapuche estaba entrando a la fase final de su desintegración, una fase que se extenderá, con algunos matices, hasta nuestros días. Son los últimos capítulos de una historia de intolerancia que han resumido otros historiadores⁸⁶.

Pascual Coña murió viejo y triste en el seno de una misión capuchina, enseñando al padre Ernesto Wilhelm la lengua mapuche y recordando las cosas de su pueblo. Esas mismas cosas que los italianos que misionaron la región, desde el siglo XVII al XIX, muchas veces no entendieron y otras tantas se empeñaron en cambiar.

⁸³ Idem, p. 122.

⁸⁴ Pascual COÑA, *Testimonio de un cacique*, Editorial Pehuén, Santiago, 1984, p. 45.

⁸⁵ Idem, p. 276.

⁸⁶ Véase, por ejemplo, José BENGEOA, *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*, Ediciones Sur, Santiago, 1985.

CONCLUSIONES

Por la Araucanía desfilaron entre 1550 y 1900 numerosos italianos. En el XVI vinieron como soldados, comerciantes o simplemente aportando su audacia. De sus rastros tenemos pocas huellas.

A mediados del XIX, Edmond R. Smith, un científico norteamericano, dió cuenta de unos conchavadores o comerciantes italianos que conoció en la frontera, mientras visitaba la zona⁸⁷. No formaban un grupo ni tenían presencia de conjunto, eran simplemente italianos arrastrados a un rincón del mundo en busca de mejores opciones.

Años más tarde, Gustavo Verniory, el ingeniero belga que ayudó a construir el ferrocarril en esta zona, informó de otro italiano, cantero de profesión, asesinado por unos bandoleros que buscaban arrebatarse sus ingresos⁸⁸. Otro italiano, Hernán Trizano, se encargaría de organizar la policía que iría tras su persecución. Se trataba de italianos que vinieron por cuenta propia a probar fortuna en esta parte de Chile.

En 1905 llegan los primeros inmigrantes propiamente tales. Era un grupo de italianos reclutados en la península por un par de empresarios que los trajeron al Nuevo Mundo. Se instalaron en Lumaco, en la colonia Nueva Italia, donde aún sobreviven. Recordando viejas tradiciones, todavía mantienen lazos de afecto con la patria que los vio nacer. Su historia es en parte conocida⁸⁹.

Otros italianos llegaron también por la misma época, traídos por los mismos empresarios. En las cercanías de Toltén, entre Gorbea y Pitrufulquén, fundaron, en 1907, Nueva Etruria. La *Faja Ricci* todavía recuerda el nombre del promotor del proyecto.

Habitualmente, la presencia italiana en nuestro país se asocia a este tipo de colono. Sin duda, hay motivos para hacerlo. Sin embargo, en este trabajo hemos querido centrar la atención en otros italianos, en jóvenes y hombres maduros que llegaron envueltos en ropaje misional.

Vinieron por motivos diferentes de los que impulsó a los otros colonos. Los

⁸⁷ Edmond R. SMITH, *The Araucanians; or notes of a tour among the Indian tribes of southern Chili*, New Harpers and Brothers, New York, 1855, pp. 189 y 233. Agradezco esta información al prof. Juan Conteras Batarce.

⁸⁸ Gustavo VERNIORY, *Diez años en Araucanía, 1889-1899*, Editorial Universitaria, Santiago, 1975, p. 284.

⁸⁹ Véase Jorge RICCI, *La Colonia «Nueva Italia», cuarenta años después de su fundación*, Librería e Imprenta Artes y Letras, Santiago, 1944; y, Juan CONTRERAS BATARCE y Gino VENTURELLI, *Nueva Italia, un ensayo de colonización italiana en la Araucanía, 1903-1906*, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1988.

jesuitas, franciscanos y capuchinos italianos llegaron buscando el alma del indígena y su conversión al cristianismo. Con ese fin enfrentaron al mapuche. Este resistió. El supuesto contacto cultural se transformó así en un abierto conflicto que cada misionero resolvió conforme a su propia capacidad y a lo que había aprendido en los colegios italianos, donde vivió su etapa de formación.

De muchas maneras su paso por la zona quedó registrado. La memoria de los pueblos no concibe el olvido. Así como Pascual Coña recordó, en el ocaso de su vida, al misionero que le abrió las puertas de la escuela, en el lago Budi, en algún paraje de la conciencia colectiva de los pobladores de la zona deben quedar los rastros de un Horacio Vechi, un Querubín Brancadori o un Adeodato de Bolonia.

Por las cosas buenas que hicieron y por sus errores. Por su vocación de servir al próximo y por su marcado etnocentrismo. Por la defensa que hicieron del indígena; pero, también, por su incapacidad para divisar al otro y por sus propuestas etnocidas que pusieron en peligro a la cultura mapuche.

¿En qué punto se encontraría ésta si no hubiesen venido estos hombres que con tanto empeño se propusieron cambiarla?

La respuesta es difícil. La interrupción de todo proceso histórico siembra dudas. Con todo, podemos afirmar que si cometieron excesos, la responsabilidad no fue exclusivamente de ellos. Cogidos por las circunstancias de los tiempos, actuaron como habría actuado cualquier otro hombre de la época.

Por desgracia, la tolerancia y el respeto son conquistas tardías. En el siglo XX recién las empezamos a proclamar. Ojalá podamos practicarlas con las culturas distintas a la propia en el siglo por llegar.

APENDICE

NOMINA DE MISIONEROS ITALIANOS VENIDOS A CHILE

JESUITAS (siglo XVI)

1. Horacio Vecchi
2. Juan Bautista Ferrufino
3. Nicolás Mascardi
4. Juan José Guillelmo
5. Antonio Parisi (cura secular).

FRANCISCANOS (SIGLO XIX)

1. Quintilio Scapucci
2. Alejandro Mei
3. Diego de Chuffa
4. Marcos Bula
5. Domingo Pasoli
6. Antonio Gavilucci
7. José María Bonazzi
8. Septimio Begambi
9. Miguel Angel Astraldis
10. Romolo Poggi
11. Tomás de Lovazzano
12. Apolinario de Castellumelli
13. Querubín de Roma
14. Querubín Brancadori
15. Lorenzo Poggio
16. Francisco Cheri
17. Domingo de Secena
18. Angel Alfonsi
19. Alfonso Magna-Grecia
20. Carlos de Paolis
21. Salvador Garben
22. Lorenzo Roggeri
23. Felipe Remedi
24. Pacífico Bulgarini
25. Reinaldo Bergini
26. Francisco Grazziani
27. Hilario Misquianti

28. Pablo Liberati
29. Apolinario Gandini
30. Francisco Novelli
31. Paulino Romani
32. Alejandro Branchi
33. Angel Anfonsi
34. Juan Bautista Benelli
35. Antonio Barveri
36. Marcos de Catice
37. Castaldo Perilli
38. Urbano Mancini
40. Pier Battista Daquanno
41. Pacífico Gandolfi
42. Lodovico da Scurcola
43. Alejandro de Androco
44. Paulino de Aguaparba
45. José María Romano
46. Antonio Carpineto
47. Salvador de Casello
48. Carlos de Palestrina
49. Leonardo Tomati
50. Isaías Nardocci
51. Apolinario Moretti
52. Demetrio Cicarelli
53. Alejandro Manera
54. Gerónimo Senesso
55. Felipe Penesse
56. Amadeo Becherini
57. Leopoldo Scatolini
58. Damián Lavine
59. Virginio Tabasso
60. Inocencio Liberatti
61. Nazareno Grissi
62. Benedicto Spila
63. Juan de Cappistrano
64. Ladislao Fogleti
65. Julián Rondini
66. Leopoldo Ponti

67. Francisco Ancini
68. Carlos María Bianchi
68. Mario Celso Borlotti
69. Arcangel de Faenza
70. Rafael Ivura
71. Fulgencio Mauro
72. Vicente Oliveri

73. Benigno Planisse
74. Rafael Venanzi
75. Defendente Zanaschi
76. Guillermo Guillelmi.
77. Giovanni Pompei da Roma
78. Andrea Mariani
79. Inocencio Ancini

FUENTES: Archivo del Convento de San Francisco de Chillán, vols. 17 y 18; Benedetto Spila da Subiaco, obra citada; Bernardino Díaz, obra citada; Manuel Cárdenas, obra citada; y, Hugo Araya, obra citada.

**MISIONEROS CAPUCHINOS DE LAS PROVINCIAS DE ITALIA
QUE PERTENECIERON A LA PREFECTURA DE LA
ARAUCANIA (1848-1889)**

1. Adeodato de Bolonia
2. Agustín de Bolonia
3. Agustín de Finale
4. Alberto de Cortona
5. Alejandro M. de Urbino
6. Alejandro de Faenza
7. Alejo de Barletta
8. Alfonso de Luca
9. Alfonso de Bari
10. Alfonso de Noicátaro
11. Amato de Brá
12. Ambrosio de Loreto
13. Angel V. de Lonigo
14. Angel de Acrio
15. Angelo de Mugelo
16. Antonio de Poutedera
17. Antonino de Faenza
18. Antonino da Reschio
19. Arcángel de Pésaro
20. Benito de Pistoia
21. Bernardino de Casteltermini
22. Bernardo de Loreto

23. Bienvenido de Rovigo
24. Cesidio de Montesanto
25. Cirilio de Leonisa
26. Claudio de Génova
27. Constancio de Trisobio
28. Constancio de Ponzone
29. Const. de Pontedécimo
30. Constantino de Voire
31. Damián de Viarregio
32. Daniel de Montesarchio
33. Dan. de Montevettolini
34. Doroteo de Génova
35. Esteban de Damazano
36. Feliciano de Strevi
37. Felipe de Novara
38. Felipe de Cortona
39. Félix de Cabra
40. Félix de Pianzano
41. Fidel de Ascoli
42. Fidel de Villafranca
43. Fidel de Kells
44. Florenciano de Haid

- | | |
|------------------------------|-------------------------------|
| 45. Fortunato de Drena | 84. Luis María de Cingoli |
| 46. Fortunato de Liorna | 85. Luis María de Camerino |
| 47. Francisco de Sásari | 86. Luis de San Nicolás |
| 48. Francisco de Ceriana | 87. Manuel de Bari |
| 49. Francisco de Tarragona | 88. Marcos de Mantua |
| 50. Fco. Ant. de Cesena | 89. Marcelino de Basano |
| 51. Francisco de San Felipe | 90. Martín de Sporminore |
| 52. Francisco de Cabra | 91. Maximiliano de Celli |
| 53. Gabriel de Sevilla | 92. Matías de Castel de Cabra |
| 54. Gaudencio de Nirasca | 93. Miguel Angel de Udini |
| 55. Gregorio de Diano | 94. Miguel de Orsana |
| 56. Hilario de Sulmona | 95. Nazarino de Bolonia |
| 57. Ignacio de Poggibonzi | 96. Nicolás de Castiglioni |
| 58. Ignacio de Tagia | 97. Nicolás de Manarola |
| 59. Ildefonso de Scarperia | 98. Octaviano de Niza-Mar |
| 60. Iluminato de Génova | 99. Pablo de Royo |
| 61. Ireneo de Monza | 100. Pablo de Camerino |
| 62. Isidoro de Tori | 101. Pascual de Camaraza |
| 63. Jeremías de Paglietta | 102. Pedro de Regio Dod. |
| 64. Jermán de Annecy | 103. Pedro de Surcula |
| 65. Jermán de Todí | 104. Gabriel de Pésaro |
| 66. José de Barberino | 105. Pedro de Carinaldo |
| 67. José Antonio de Curicó | 106. Plácido de Guarnecino |
| 68. José de Imola | 107. Ramón de Lérida |
| 69. José de Tiesi | 108. Ramón de Mataró |
| 70. Joaquín de Ancona | 109. Romualdo de Civitanova |
| 71. José de Monza | 110. Samuel de Treto |
| 72. Juan de Ayegui | 111. Santiago de Ferrara |
| 73. Juan de San Juan | 112. Sebastián de Diano |
| 74. Juan de Bardino | 113. Sebastián de Voiré |
| 75. Juan Gualberto de Génova | 114. Serafín de Marcelo |
| 76. Juan J. de Montefiorino | 115. Serafín de Pue. Mauricio |
| 77. Juan Francisco de Bari | 116. Serafín de Cortona |
| 78. Julián de Pinerolo | 117. Tadeo de Pfatter |
| 79. Julián de Udine | 118. Urbano de Bolonia |
| 80. Justo de Luca | 119. Valerio de Diano |
| 81. Lorenzo de Verona | 120. Venancio de Letegge |
| 82. Luis de Colonia | 121. Vicente de Loreto |
| 83. Luis Goz. de Barcelona | 122. Vicente de Oliván |
| | 123. Vito Angel de Gioya |

FUENTE: Ignacio de PAMPLONA, 1911, pp. 552-553. Como se puede apreciar, la nómina del p. Pamplona incluye a todos los capuchinos que pertenecían a las provincias de Italia, aun cuando no hubieran nacido en ese país.